

PERDÓNAME,
PADRE,
PORQUE HE
PECADO

NICOLÁS
HYDE

PERDÓNAME, PADRE, PORQUE HE
PECADO

S E R I E :
« P L A C E R E S O M I N O S O S »
NICOLÁS HYDE

Copyright Nicolás Hyde ©2024

All rights reserved.

Imagen de portada por IgorVetushko.

Se prohíbe la distribución total o parcial de este libro. Al adquirirlo se está de acuerdo en no vender, copiar o distribuir el contenido de ninguna manera sin el consentimiento previo del autor.

Los hechos narrados a continuación son producto de la imaginación del escritor y, en ningún momento se trata de normalizar actos violentos, solo es un relato perteneciente al Dark Romance Erotic, por lo que se recomienda discreción.

ADVERTENCIA

Este libro contiene material destinado exclusivamente a lectores adultos. El relato erótico presente en estas páginas explora temáticas y situaciones de naturaleza sensual y sexual, con descripciones detalladas de encuentros íntimos, así como relaciones tabúes en donde los personajes profesan cierta religión, sin que eso signifique que el relato guarde relación con la realidad, y mucho menos trate de ser ofensivo para todas aquellas personas cuya creencia y fe esté basada en dicha religión, simplemente es un relato que explora otra fantasía más...

Es importante destacar que todos los personajes involucrados en esta historia son mayores de edad, y las escenas de contenido explícito que se narran están basadas en el mutuo acuerdo y consentimiento de los protagonistas. Aunque algunas situaciones puedan presentar un tono más intenso, rudo o tabú, todos los actos son consensuados.

Se recomienda a los lectores que sean sensibles a contenido sexual explícito o aquellos que no cumplan con la edad legal para consumir este tipo de material, abstenerse de continuar la lectura.

La finalidad de este libro es proporcionar una experiencia literaria adulta. Por favor, leed con responsabilidad.

SINOPSIS

Desde joven, Amanda siempre soñó con convertirse en monja y dedicar su vida al servicio de los más necesitados. Nunca le importó las privaciones que su convicción traería a su vida, mucho menos las sexuales.

Incluso en su adolescencia, jamás tuvo la necesidad de sentir su piel ardiendo en llamas, no esperaba las caricias de un hombre, y mucho menos consideró hacerlo con sus propias manos, hasta que, en una noche estrellada, se encontró con la tentación personificada en un hombre.

Un pecado que necesita ser expiado.

Un castigo que corromperá su alma y desatará su deseo.

Y una sotana que la hará hincarse ante la impudicia del placer.

¿Te animas a explorar las perversiones de Amanda?

CAPÍTULO 1

Sus pasos cortos y comedidos la llevaron de un lado a otro. Subió y bajó los primeros escalones de la iglesia, con el alma apresada en un puño, con los músculos en tensión, la espalda recta y un temblor casi imperceptible que doblegó sus extremidades.

El desasosiego, que le impedía respirar con normalidad y mantenía su corazón capturado, aumentó cuando la homilía matutina terminó y los feligreses comenzaron a salir.

Algunos la admiraron con curiosidad y la saludaron sin acercarse.

—Hermana —saludó uno de los fieles con una gran sonrisa y los ojos afables.

Amanda forzó el gesto para corresponder al buen hombre que se le acercó a entablar una agradable charla que solo logró alterar más sus latidos.

Conocía a don Gregorio desde hace años, desde que entró como novicia al convento de Santa Clarita, era un campesino agradable que donaba muchas de sus hortalizas a la beneficencia y gracias a él, en los inviernos largos, podía la hermandad seguir auspiciando el comedor de la caridad. Gregorio era un hombre devoto y amable, no obstante, en ese momento no logró escucharlo, su voz le sonó lejana y distorsionada.

Le habló sobre las próximas cosechas, sobre un nuevo fertilizante y no supo cuánto más. Por norma, aquellas charlas mundanas la relajaban y siempre mostraba interés en los comentarios de don Gregorio, sin embargo, en aquella ocasión sus manos se retorcieron, nerviosa, su pulso se elevó con cada palabra y quiso interrumpirlo en más de una ocasión, pese a que don Gregorio no dejaba de parlotear con buen ánimo, conocedor de que la joven hermana Amanda era una gran entusiasta de la agricultura.

—Me parece que dentro de unos meses los vegetales estarán grandes y hermosos. Os llevaré algunos al convento, seguro que a la madre superiora le encantará probar...

—Seguro que sí —interrumpió Amanda al ver que no salía ni un alma de la iglesia.

Estaban solos en las escaleras.

La parroquia se erigía frente a ellos, grande, con un deje gótico en su infraestructura que «compensaba» con la fachada pintada de blanco, un arreglo que el padre Abraham hizo en el último año. Las altas torres se alzaban con las puntas hacia el cielo, con amplios arcos arbotantes que permitía que las enormes ventanas y vitrales de diferentes imágenes religiosas hechas de muchos colores iluminaran el interior. El edificio se extendía en una bóveda larga y amplia. Era la iglesia más grande de todo el pueblo, un pueblo con muchos habitantes, pese a que la mayoría de sus paisanos vivían en la zona rural.

—A la superiora Damiana le encantará las verduras, téngalo por seguro, don Gregorio —dijo de carrerilla, con la voz tensa, así como la sonrisa que trató de extender en sus labios rojizos—. Si me disculpa, tengo que ir a hablar con el padre Abraham.

Don Gregorio parpadeó confundido ante la actitud de la monja, sin embargo, no pudo decir más, porque la hermana se despidió con un movimiento de cabeza y una sonrisa forzada, sin dejarle lugar a réplica.

Amanda subió las escaleras, apurada, con el alma atrapada en la garganta que no sabía si regurgitar sus pecados frente a todos o tragarlos para nunca dejarlos escapar.

Necesitaba el consejo y la absolución del sacerdote, necesitaba limpiarse la inmundicia que bañaba su cuerpo, esa peste que no la dejaba descansar, que la mantenía desconcentrada, con la mente obnubilada en sus faltas y en todas las sensaciones nuevas que no experimentó antes.

Entró y el entorno lúgubre, místico y celestial de la iglesia compuesta de una gran nave con el techo abovedado, con los vitrales de cristal iluminando el recinto en diferentes colores, junto con la decoración de los diferentes santos, así como la gran cruz al fondo de la iglesia, la envolvió, ahogándola.

Sus pasos cortos y comedidos resonaron en la iglesia, ya no quedaba nadie en el recinto.

Tragó saliva y se infundió de valor, caminó hasta el pasillo lateral, donde estaba el confesionario y se quedó parada frente a este por un segundo, pensando si entrar o no.

Nerviosa, dio un paso hacia atrás, sus dedos se retorcieron unos con otros, el pulso se le elevó más y más. Estaba por hiperventilar cuando salió una anciana del confesionario, la miró con cariño maternal y le sonrió.

—¡Hermana Amanda! —saludó con cordialidad.

Trató de igualar el gesto y camufló su nerviosismo con la sonrisa en la que sus labios se tensaron.

—Creo que soy la última, si quiere entrar a confesarse... —indicó la anciana, con las arrugas remarcando sus ojos claros.

—Gracias, eso pensaba hacer —respondió en automático, deseando retroceder más y alejarse de la iglesia, porque la presión aumentó en su cuerpo, sus músculos estaban tan rígidos que se encogieron.

Le dolió el cuello, las cervicales y, en especial, el rostro por tener que fingir la sonrisa.

—¡Vamos, a qué espera! —animó la anciana, apartándose de la entrada del confesionario y le hizo una seña con la mano para que se acercara.

Se mordió el carrillo y asintió, metiéndose en el confesionario tras un corto suspiro con el que quiso sacar sus nervios y hacer lo correcto, no obstante, la presión ascendió y la cabeza le punzó.

Di un respingo cuando la puerta del confesionario se cerró a su espalda.

Los pasos de los tacones pequeños de la anciana resonaron en su cabeza, cada vez más lejanos, martilleando su pecho con cada uno de ellos.

Sus ojos repasaron con aprensión el interior y admiró el cubículo de madera oscura, en el que casi no entraba la luz. Pese a que lo sintió pequeño, el espacio para el penitente era lo suficientemente grande para entrar tres personas con facilidad. Así como el resto de la iglesia, el confesionario era grande, espacioso, hecho de madera oscura y lustrosa con un intrincado diseño en la pared que dividía el espacio entre el pecador y el sacerdote, sin que fuese posible observar al otro, pese a que pudo ver la sotana oscura del padre.

Se relamió los labios y tembló ante el frío que azotó su cuerpo, pese a que un calor extraño dominó sus entrañas.

«Ya no puedes huir, Amanda, es momento de confesar» —se dijo con las manos en dos puños apretados.

Cerró los ojos por un segundo y se hincó frente al sacerdote en una postura sumisa y devota en la que se dejó caer, derrotada.

—Perdóname, Padre, porque he pecado —susurró con la voz temblorosa, con el pecho oprimido y los párpados cerrados, sin atreverse a levantar la cabeza.

—Dios perdona a todos los que se arrepienten de sus pecados. Si confiesas tus faltas te absolveré

de ellas ante los ojos de nuestro Señor —respondió el padre con su voz solemne.

Se relamió los labios con ansia, sabiendo que debía hablar, que era el momento de confesar sus ominosas infracciones.

—He... he pecado, un grave pecado contra la carne. He sido tentada y... caí en una horrible perversión, padre —respondió evasiva.

—¿A qué te refieres, hija mía?

Aspiró hondo, el aroma de la madera se incrustó en sus fosas nasales, quemando sus pulmones.

—He cometido el pecado de la lujuria, padre, he hecho algo impensable, en especial porque he ofrecido mi vida a Dios y, en lugar de mantenerme inmaculada para Él, he profanado mi mente y...

—... tu cuerpo —concluyó el sacerdote cuando se quedó callada sin poder acabar aquella oración que tanto la turbó.

Un gemido acuciante salió de sus labios y asintió, aceptando ante el padre sus pecados, la inmundicia con la que estaba bañada desde hacía dos días.

El padre carraspeó.

—Para saber qué penitencia aplicar, necesito que seas más específica, hija, necesito que cuentes lo que has hecho, lo que te ha traído hasta aquí, así podré entender la gravedad de tus faltas, ¿entiendes? —inquirió el sacerdote con compasión.

Amanda jadeó, sofocada, sus párpados se apretaron con fuerza, su corazón se estrujó al recordar lo que hizo, su siniestra falta.

—No sé si debería... He hecho algo espantoso, padre...

—Pero es necesario, hija mía, necesitas confesarte ante Dios para que te absuelva de tus pecados, y para que aplique tu castigo es necesario conocer hasta dónde has profanado tu cuerpo.

Tiritó, su cuerpo vibró ante las palabras del sacerdote. Tenía razón, lo sabía, podía haber hecho muchas cosas para cometer el pecado de la lujuria, podía solo haber deseado, aunque, sabía que ese no era el caso, si solo fuese así, no estaría tan mortificada.

Sus manos estrujaron la tela negra del hábito y se mordió el carrillo con nervio, al punto que degustó el sabor ferroso de su sangre.

«Tienes que hacerlo» —se convenció con una reprimenda en la que se expuso como la peor de las mujeres. En su mente se vio siendo vapuleada por sus infracciones, enviada al infierno para pagar por la bajeza que cometió.

Abrió los ojos y todos los recuerdos la invadieron, su mente se llenó con las imágenes de lo que hizo. Sus muslos se apretaron, el calor reptó por su centro, desde el vientre hasta sus extremidades. Sus zonas más sensibles cosquillearon y retuvo el gemido de placer que quería escapar de sus labios, los cuales humectó con necesidad.

—Mi pecado... lo cometí hace unos días, hace dos días para ser precisa... —comenzó a relatar, recordando cada cosa como si se estuviese proyectando frente a sus ojos.

CAPÍTULO 2

Muchas noches me cuesta dormir, siempre me ha costado conciliar el sueño y cuando me duermo, no siempre logro descansar durante toda la noche. Cuando me despierto o no me puedo dormir, me levanto de la cama y deambulo por el jardín trasero del convento que linda con el lago del pueblo. Me gusta salir a despejar la mente, elevar algunas plegarias al cielo, pedir por los más necesitados. Es una buena forma de darle paz a mi alma atribulada, además de que el aroma de la naturaleza relaja mis músculos y destensa mi sistema.

Puede que no esté bien salir tan noche, pero siempre llevo puesto mis hábitos y me cubro el cabello como es debido para no crear rumores ni sospechas. No me gusta ser material de chismes, sé que como monja mi tarea es servir y procurar dar una buena imagen como sierva de nuestro Señor.

Hace dos noches, no podía conciliar el sueño. Di varias vueltas en la cama. Desde las diez de la noche apagué las luces y me dispuse a dormir, a descansar y pensar en el sacrificio que nuestro Señor hizo por nosotros para pagar por nuestros pecados. Quería dormir temprano. El día siguiente tenía mucho por hacer, la superiora me encargó un sinfín de tareas y quería tener energía para ello. Me esperaba un día largo por delante, así que me dije que tenía que dormir desde bien temprano.

Dejé La Biblia sobre la mesita de noche, apagué las luces y me recosté en la cama tras rezar, me acobijé hasta el cuello y cerré los ojos, sin embargo, pasó la primera hora y, pese a que no me moví más que para acomodarme, el sueño no me encontró.

Al abrir los ojos, en el reloj de la pared marcaba media hora para la medianoche. Volví a cerrar los párpados y me acomodé de diferente manera, traté de no pensar en las actividades del siguiente día, en los mandados que me encomendaron, pero me fue difícil tener la mente en paz, así que me moví en la cama sin obtener el preciado descanso, hasta que volví a abrir los ojos y vi que era casi la una de la madrugada.

Lo intenté, padre, intenté mantenerme dormida y no funcionó, incluso conté ovejas.

Tras un largo suspiro, me levanté de la cama y me puse los hábitos. Pensé que un paseo me haría bien, que tras caminar mi mente encontraría sosiego y podría regresar al convento a dormir.

Salí de la habitación con cuidado. Donde duermo no está habitado, no en realidad. Las hermanas prefieren la otra ala del convento porque es más cálida y, como sabrá, la mayoría de las monjas son mayores, de hecho, he sido la última novicia del convento. Me cuesta reconocerlo, pero soy la única con veinte años y eso me aísla un poco. Quiero decir, no es una queja, no obstante, no solo estoy sola en el área más fría del convento, sino en otras cosas..., y a veces también implica que mucho del trabajo pesado me corresponde al tener una constitución más fuerte.

Estoy feliz en el convento, padre, claro que sí, pero es difícil, así que me gusta despejarme al caminar, al contemplar la naturaleza que nuestro Señor creó. Me gusta oler el aroma de la naturaleza, de los diferentes árboles, así como las flores silvestres que, con sus sutiles fragancias animan mi ser.

Casi siempre hago el mismo recorrido y esa noche no fue la excepción.

Salí del convento por la madrugada. La luna estaba hermosa, en cuarto menguante, las estrellas decoraban el firmamento y me hipnoticé con sus resplandores titilantes que me llamaron.

Caminé despacio, dejé que mis pulmones se insuflaran con el dulce aroma de las diferentes flores que tiene sembradas la superiora en el jardín trasero del convento, mis dedos rozaron los pétalos de las azaleas y su tersura me hizo tener un exquisito escalofrío.

Me rendí ante la belleza nocturna, mi mente dejó de pensar en que era un simple paseo para despejarme y seguí andando. Mis ojos no tardaron en acostumbrarse a la penumbra. El viento movió los hábitos y la brisa fresca me hizo inspirar profundo. El murmullo de las hojas danzando con el viento me adormeció y mis actos irreflexivos me dominaron y no vi hacia dónde me dirigía.

Estaba bastante oscuro, no obstante, entre la espesura de los árboles medianos y los arbustos, vi el lago. Estaba precioso, iluminado por la luna, pese a que la mayoría de sus aguas estaban en la oscuridad y apenas alcanzaba a ver el borde a unos metros de donde estaba.

Quise acercarme, mojar los pies y observar la naturaleza por un segundo. El grillar de los grillos y el ulular de los animales nocturnos me hizo sentir cómoda y me acerqué a pasos cortos, saliéndome del camino, hasta que vi algo más...

Lo sé, padre, sé que debí girar en cuanto lo vi, en cuanto me di cuenta de que no estaba sola, pero es que no me pude mover. Verlo... me dejó pegada, parada en medio de la maleza que recubre unos metros fuera del lago.

No quería quedarme, después de todo, ese hombre no llevaba camisa, estaba casi desnudo, a excepción de unos vaqueros que se sostenían precariamente de sus caderas estrechas.

¡Por Dios!, no quería plantarme ahí como una adolescente, pero el corazón me estalló cuando lo vi. Era...

Debe saber, padre, que en mis veintidós años de vida nunca me he sentido atraída por un hombre. Desde niña siempre he sabido que quiero servir a nuestro Señor. Provengo de una familia religiosa, devota. Soy la menor de tres hermanos y desde niña mostré signos de mi fervor. Con cuatro años, y tras entrar en el preescolar administrado por monjas, me decidí por convertirme en una. Desde esa edad, no he visto a ningún hombre que no sea con ojos de caridad y hermandad. No me interesa el matrimonio ni la vida marital, quería algo diferente. Mis padres me apoyaron y en cuanto terminé el bachillerato ingresé al convento. Me encanta lo que hago, me gustaba ayudar a otros, y no quiero que dude ni por un segundo de que mi compromiso no es el mismo, sin embargo...

No sé cómo explicarlo, pero en cuanto vi a ese hombre sin camisa... Algo en mí despertó de un largo letargo. Las piernas me temblaron, el corazón se me alteró, cabalgó dentro de mi pecho como un potro salvaje, la piel me ardió como en una tarde de verano, la fiebre subió por mis mejillas y un cosquilleo extraño me sobrecogió en lugares a los que preferiría no nombrar.

Estaba sin camisa, tenía la espalda amplia, un brazo tatuado desde la muñeca hasta el hombro además de algún diseño en la espalda que me costó distinguir. No vi bien el tatuaje, era negro con rojo y por la distancia me costó diferenciar el intrincado dibujo. Tenía los hombros redondos, fuertes, así como la espalda. Era un hombre alto, muy alto, con un cuerpo atlético y bien trabajado. Llevaba el cabello algo largo, oscuro, y le caía por la cara ocultando su rostro, solo alcancé a vislumbrar su nariz y parte de sus labios.

En parte, agradezco que sus facciones no estén guardadas en mi cabeza, porque no puedo sacármelo de la mente, no pude desde que lo vi, desde que mis ojos repasaron su anatomía, el movimiento de sus músculos cuando se despeinó el cabello y sus grandes brazos se flexionaron.

Lo miré, lo miré con codicia, con ansia, devoré su cuerpo masculino, me ahogué con el calor que estalló en mi centro, que burbujeó y se esparció en ciertas partes de mi cuerpo.

Sus caderas estrechas se movieron hacia delante, su trasero tensó la tela del vaquero y sus piernas

largas se abrieron y su fisonomía se relajó en aquella postura.

Me recosté contra la corteza de un árbol, las piernas me temblaron cuando sus manos bajaron. Se tocó la piel tersa y nívea del torso, un torso esculpido del que pude ver el lateral. Tenía el abdomen marcado y entreví la «v» que bajaba desde la cintura a sus caderas y me mostró un camino que no debí andar.

Perdón, perdóneme, padre... Pequé, pequé al seguirlo viendo, al querer acercarme y... No lo sé, no estaba pensando en realidad, solo quería ver, solo quería poder tocar su piel, ser sus manos, recorrer los montes y valles de su perfecta anatomía.

No consideré si era una prueba, si era un castigo por estar despierta a esa hora, por estar caminando sola a una hora imprudente para una mujer, solo quería ser sus manos, tocarlo, acariciar su piel que se me antojó cálida y tersa, sobre esos músculos potentes y definidos.

Quise retroceder, pero los pies me pesaron una tonelada, además, mis piernas temblaban o quizá fue todo mi cuerpo, de todas maneras, aguardé pegada al árbol, sin apartar la vista, sin pestañear.

Lo admiré embelesada, perdida en su figura masculina que me hizo palpar, que... No lo puedo decir, me avergüenza reconocer que observar a aquel hombre, al que le calculé unos treinta años, me hizo percibir sensaciones que jamás sentí, que no pude reconocer ni siquiera en la intimidad de mis aposentos.

No pude apartar los ojos cuando se siguió tocando, cuando una de sus manos se deslizó hasta su vientre bajo, cuando sus dedos exploraron el suave vello que cubrió desde su ombligo hacia abajo en línea recta.

Suspiré cuando llegó a la pretina del pantalón y me tapé la boca con la mano para no descubrirme, después de todo, entre la oscuridad de la noche, la distancia que nos separaba y los árboles que me cubrían, dudé que supiese que estaba ahí, solo debía mantenerme callada y escondida.

Desprendió el botón del pantalón con un ligero movimiento, su cuello se estiró y su cabeza se alzó al cielo. Un gemido ronco y profano llegó a mis oídos cuando se sacó su...

Y no quise verlo, no quise que mis ojos bajasen a su dureza, pero lo hice. Con horror me descubrí admirando su virilidad, porque desde los metros que nos separaban lo vi... Era grande, imponente, grueso, tanto que, su mano, que también era larga, apenas abarcaba su longitud.

¡Se estaba tocando, padre!

Se estaba tocando su... su... su miembro y... y yo me quedé quieta, tan quieta que hasta dejé de respirar, incluso cuando el corazón se me desembocó y el calor me abrasó por completo.

No me di cuenta, no lo pensé, ni siquiera registré la acción, hasta que sentí el pellizco.

Tragué saliva con dificultad y me humecté los labios con la lengua. Inspiré y no quise bajar la vista, no solo porque no podía ver lo que estaba haciendo mi mano con mis pechos grandes que se arquearon para él, sino porque no pude apartar la mirada de esa mano masculina que se movió sobre su eje, que lo hizo gruñir como a una bestia insaciable que me llamaba.

¡Me toqué, padre!

Nunca lo hice antes, juro que nunca quise hacerlo, incluso al sentir necesidad cuando desarrollé, cuando algunos niños comenzaron a molestarme porque tuve un desarrollo temprano y mi cuerpo se llenó de curvas que siempre me molestaron, que de joven me ha hecho que hombres sin pudor me griten obscenidades, que hombres sin escrúpulos se acerquen y traten de tocarme, en especial cuando no llevo los hábitos, por eso siempre los uso, aunque cuando voy a casa debo usar faldas largas y camisas flojas para ocultar el pecado que tengo por cuerpo.

Siempre he visto como un castigo tener una figura tan escandalosa, un cuerpo que no puedo

esconder, incluso con capas y capas de ropa. Es un castigo, una penitencia que me recuerda que no soy digna y que debo esforzarme más para que me respeten.

No obstante, verlo tan majestuoso, tan grande, imponente y masculino, hizo que rompiera mi voto de castidad, que me tocara con impudicia, que mis dedos apretaran mis grandes masas de carne, que me pellizcara las perlas pequeñas y rosadas que solo el diablo pudo dibujar en mi cuerpo como otra muestra más de su concupiscencia para tentarme y, en lugar de mantenerme prístina como fui hasta hace dos días, me toqué.

Mi mano apresó el pecho, lo amasó, bajé la copa del sujetador y me pellizqué alargando el botón rosado, magreando la fruta prohibida de mis curvas.

¡Me toqué, padre! No podía creer lo que estaba haciendo, lo que estaba viendo, porque nuestras manos se acompasaron, porque la oscilación en su muñeca se convirtió en la mía y el toqueteo de mi mano era el suyo.

Embriagada, me tapé la boca con fuerza para acallar los jadeos húmedos que salieron de mis labios, revelando mis pecados.

Su ritmo se aceleró, sus gruñidos bestiales entraron por mis oídos y me hizo temblar con brío, al punto de que me deslicé contra el árbol, que caí sentada sobre las hojas secas del pino contra el cual me apoyé, sin dejar de tocarme, sin dejar de apretarme la boca con la otra mano.

El cosquilleo en mis partes íntimas aumentó y... ¡Estaba mojada! En cuanto me senté sentí las braguitas empapadas. Me asusté, me asusté al saber que estaba caliente y húmeda, que tenía los muslos pegajosos y la necesidad imperiosa de calmar el hormigueo que bañó mi centro.

Me mordí el labio, me apreté los senos con más urgencia, me pellizqué porque solo así logré que los espasmos gratificantes redujeran el ansia y el calor entre mis piernas, sin embargo, no podía frenarme, no pude contener la fricción que creé con los muslos apretados, los escalofríos abrasadores que recorrieron cada parte de mi ser, que tensaron mis músculos con delicia.

Sus jadeos aumentaron, su mano se movió con rabia sobre su protuberancia, sus piernas se abrieron y su cadera se movió con ímpetu, con violencia.

Lo sentí, sentí una bola de fuego que se hizo más y más grande, que se esparció por mi vientre bajo, que arqueó mi espalda e hizo que se me encogieran los dedos de los pies y... todo explotó en mi interior.

Temblé en estremecimientos calientes y apremiantes que me embotaron el cerebro y me crearon mil nudos en mis músculos hasta que una clase de liberación celestial me alcanzó y me dejó laxa, sentada sobre la maleza, con una mano apretando mi pecho y las piernas bien juntas.

Cuando al fin pude abrir los párpados, el hombre nadaba completamente desnudo. Sus pantalones descansaban sobre una roca junto con una camisa blanca y al lado unas botas.

Me pasé el mal trago y la realidad de mis acciones cayó sobre mis hombros y me heló el cuerpo que tenía cubierto con una tímida capa de sudor.

No quise ver más, él nadaba para llegar a la mitad del lago, supuse que quería flotar o que volvería en cualquier momento y, me dio mucha vergüenza ver su rostro, así que, en su lugar, como pude, con las piernas hechas de gelatina y el corazón estrujado por la gravedad de mis actos, me puse de pie.

Con cuidado de no hacer ruido, deshice mis pasos y volví al convento, sin poder creer lo que hice, sin entender lo que me llevó a profanar algo tan preciado para mí.

En cuanto llegué a mi habitación me metí al baño, me desnudé con prisa, asqueada con mis pecados, con mis pensamientos, porque seguí queriendo sentirlo, sentir su piel, sus manos, la forma brusca en la que se tocó, quería... No lo sé bien.

Bueno, quizá sí sé qué quería, pero me avergüenza admitir que quería darle placer. Sí, quería complacerlo con mis manos, con... mi boca... con mi cuerpo...

¡Ay, padre! No debería darle tantos detalles, me apena esta situación, me corroe saberme una vil pecadora, una mujer que se dejó doblegar por sus deseos oscuros, que con solo ver un hombre se alteró tanto.

Sí, quería hincarme ante él y hacer todo lo que me pidiera. Quería tanto tocarlo..., que me tocase, que explorase mis curvas pecaminosas, que me dejase ver que podía hacer algo más con mi cuerpo que ocultarlo.

Cuando me desnudé, el calor volvió a mí, lo vi frente a mí, pero esa vez, su rostro no definido me admiró y sintió deseo al vislumbrar mi anatomía sin ni una sola capa de tela cubriéndome.

Me metí a la ducha, aterrada con esas ideas que solo el diablo pudo meter en mi mente y dejé que el agua helada cayera sobre mi cabeza, que me refrescara la mente, no obstante, en cuanto traté de limpiar el sudor de mi cuerpo... sentí mis pechos, padre, los sentí pesados, turgentes, grandes, tan grandes que no los podía abarcar con las manos estiradas. Los sopesé, los mimé y por un segundo, volví a ser esa mujer en el bosque, por un segundo me dejé corromper, incluso bajé una mano a mi centro y sentí la temperatura, estaba caliente, caliente y viscosa. Un líquido transparente, pegajoso y ardiente salía de entre mis piernas.

Me asusté. Sabía qué era, alguna clase de sexualidad me dieron en el bachillerato, que fueron los pocos años en los que no asistí a un colegio religioso.

Claro que me dejé de tocar, tomé una esponja, la llené con jabón y me raspé la piel hasta sonrojarme, tratando de enjuagar mis faltas.

Vituperé contra mi cuerpo y estaba arrepentida, profundamente arrepentida.

Al salir de la ducha, me puse el pijama y volví a la cama. Traté de no pensar en lo que hice, en lo que vi, en él... No obstante, me entristece reconocer que desde hace dos días no he dejado de imaginármelo, de recrear su espalda, sus músculos en tensión, los movimientos de su mano, sus gemidos que me enajenaron y me mantuvieron en trance hasta que los fuegos artificiales estallaron tras mis párpados.

No lo logré, desde ese día he tratado de ayunar, de comulgar, de hacer mil cosas para sacarlo de mi mente, de mi cuerpo, porque, por desgracia, me he vuelto a calentar, he sentido la necesidad acuciante de apretar los muslos, de mimar mis pechos, de pellizcarme, de torturarme con las manos.

He sido débil, padre.

No, no me he vuelto a tocar, pero bajo los hábitos sigo caliente como si fuese verano, no lo puedo evitar y sé que está mal, que merezco un castigo ejemplar, un castigo que acabe con el deseo que corrompe mi alma, que me hace ser una vil pecadora, que me expone ante mi naturaleza de mujer, que quebranta mi espíritu.

Por eso he venido, padre, para obtener la absolución a mis pecados, para volver a ser la mujer devota que era, para quitar la pestilencia que inunda mi cuerpo. Sé que ya no podré quitarme la mancha con la que he mancillado mi alma, pero sé que nuestro Señor será bueno conmigo si ya no vuelve a pasar, solo eso quiero.

Quiero dejar de pecar...

CAPÍTULO 3

—Has cometido muchos pecados, hija mía, graves pecados que te condenan al infierno. No solo has convertido el templo que es tu cuerpo en un hábitat que puede alojar al diablo, sino que sigues dejando que el demonio te hable al oído y te tienta —musitó el padre con la voz rígida, templada, con un retintín que a Amanda la hizo tensarse.

Negó con la cabeza, arrepentida, sin poder abrir los ojos, horrorizada porque acababa de revelarle al padre todas sus fechorías, porque su lengua se movió y le dio detalles que no debieron salir de sus labios.

—Aceptaré mi penitencia —susurró apagada, con las manos juntas contra su frente, derrotada, con el espíritu doblegado, pese a que el calor lamió su piel.

Recordar al hombre del lago hizo que el corazón le diese un brinco, que sus muslos se apretaran, que se relamiese los labios una vez tras otra mientras le relataba al padre sus abominables perversidades y respondía a las pocas preguntas que le hizo.

—No será suficiente, hija mía, no puedo solo imponerte una sencilla penitencia. Has cometido una grave falta y como tal, mereces un castigo...

—Lo acepto, padre, sé que lo merezco —musitó en un hilo de voz.

Se mordió el carrillo tras aspirar profundo y dejar que el aroma de la madera insuflara sus pulmones, pese a que no fue lo que hizo que se estremeciera desde adentro, sino uno sutil y diferente, un aroma que nunca sintió antes y que no pudo definir.

—Has cometido un serio pecado, hija mía, sabes que tu cuerpo, alma y espíritu fueron encomendados a nuestro Señor cuando te convertiste en monja y, por lo tanto, es necesario resarcir el daño que has cometido, es necesario que tu cuerpo pague, así como tu alma, que sientas cada falta que has cometido.

—¿Qué tengo que hacer, padre? —inquirió en un jadeo, turbada, sin poder explicar su inquietud, pese a que intuyó que el relato dejó estragos en su cuerpo y mente, que pecó al describir lo sucedido, que el cosquilleo conocido abrasó su ser.

El silencio los envolvió, el pulso de Amanda se aceleró. Un crujido seguido de unos pasos alertó sus sentidos y no pudo levantar la vista cuando la puerta del confesionario se abrió.

La mirada fuerte e incandescente del padre la hizo alzar la cabeza, seguir el imán que, hincada, detuvo su corazón y retuvo su aliento.

Frente a ella, no estaba el padre Abraham, sino un hombre mucho más joven, alto, de hombros imponentes, cabello oscuro que llevaba peinado con una especie de goma que pegaba sus hebras largas a su cabeza. Los ojos celestes la observaron desde lo alto, la miró con inquina, repulsión y algo más que no pudo describir, pese a que ese brillo particular fue lo que hizo que un nudo grande se formara en su garganta.

La expresión del sacerdote la dejó pegada al parqué, su rostro serio emanó una especie de augurio que le impidió seguir la orden de su cerebro, que se encendió con mil alertas.

Aquel hombre, vestido con la sotana oscura y el cuello clerical blanco, no era en absoluto

parecido al padre Abraham. No solo era un hombre joven, sino que también tenía un aura diferente, un aura que puso su vello en punta, que la hizo temblar.

Sus hombros eran anchos y, pese a la sotana, se veía que tenía un cuerpo fuerte, el rostro masculino, con las cejas remarcadas, oscuras, incluso más que su cabello casi negro, los ojos celestes que refulgieron al mirarla con atención, sin perturbarse, más allá de ese brillo peculiar al que no le pudo poner nombre. De nariz delgada y larga, los labios ceñidos, claros y pequeños, la mandíbula bien definida, cuadrada, y el cuello fuerte que, en un momento, gracias a la tensión de los músculos, estiró la tela del cuello blanco.

La miró, la miró sin reparos, desde su altura. La repasó desde las rodillas hasta el rostro.

—¿Quieres la absolución, hija mía? —preguntó tosco, con la voz ronca y el gesto ensombrecido.

Amanda tragó saliva. Tembló, no pudo evitar que su cuerpo respondiera ante la imponente presencia del sacerdote.

—S-sí —titubeó la respuesta y tuvo que relamerse los labios.

Los ojos celestes del padre se detuvieron en aquella rosada lengua que salió para humectar los rojizos labios de Amanda.

—Entonces, sígueme, tendremos que absolver tu cuerpo y tu alma —indicó sin más.

Se giró sin esperar una réplica, sin siquiera cerciorarse de que Amanda iba tras de él, solo caminó con el gesto apretado.

Confundida, admiró su espalda alejarse y sin que pudiese entender, su cuerpo se activó, de un movimiento fluido, se puso en pie y caminó con pasos cortos y apresurados para ir tras el padre.

Tragó saliva al verlo de cerca, al admirar su espalda amplia, los músculos tensos que estiraron la tela de la sotana. Era demasiado alto, le sacaba al menos unos veinte o los treinta centímetros, no estaba segura. Se sintió pequeña y delicada a su lado. Un escalofrío atravesó su columna vertebral con aquella comparación, sus pezones se resintieron y su centro cosquilleó.

No lo comprendió, pero ver la espalda del sacerdote hizo latir su corazón con más fuerza, calentó su sangre y piel, secó su boca y le hizo lamerse los labios.

—Padre, ¿a dónde vamos? ¿Dónde está el padre Abraham? —consultó siguiendo sus pasos.

El sacerdote ni siquiera se inmutó con sus preguntas, callado, la guio fuera de la iglesia. Atravesaron la nave principal, salieron por uno de los pasillos que conducía a la casa clerical, pasaron por el jardín repleto de rosas blancas y algunas flores del mismo color, el aroma silvestre entró por sus fosas nasales, pero ni siquiera lo pudo registrar de lo rápido que caminaba el sacerdote.

Nerviosa, miró hacia todos lados, sin comprender qué estaba pasando, pese a que su cuerpo respondía a esa orden que se quedó en el confesionario, ese «sígueme» que resonó en su psique.

—El padre Abraham ha sido transferido —respondió sin entonar, sin explicar las razones de la transferencia.

Se adentró por un pasillo oscuro al que no llegaba la luz más que por la entrada, las paredes de roca aumentaron el eco de sus pasos.

Bajaron por unas escaleras y el clima se enfrió, sus brazos se enrollaron, se le erizó la piel y una sensación extraña la invadió, una sensación que hizo latir diferentes áreas de su cuerpo.

Admiró alrededor, la poca luz solar que se filtraba a través del pasillo. Parecía que iba a entrar a la cueva de una bestia, a una cueva desprovista de luz y calidez.

El padre se detuvo, Amanda no registró el movimiento y se golpeó contra su espalda. La dureza de la torre de músculos que era el sacerdote la tomó por sorpresa y retrocedió cuando giró la cabeza y la observó desde su altura.

Los ojos celestes se posaron sobre los avellana de Amanda, unos ojos grandes con la forma de

almendra y unas pestañas largas, rizadas y oscuras que le daban a su mirada un halo dulce y femenino que a muchos hombres lograba cautivar, incluso con los hábitos que cubrían su cuerpo.

La mirada inocente y femenina de Amanda lo hicieron detenerse y admirar a la monja menuda que caminaba detrás suyo. Era una mujer pequeña, pese a que los hábitos no lograban cubrir las formas de su cuerpo, unas formas que notó desde que abrió la puerta del confesionario y la vio hincada, suplicante, doblegada... Su rostro le pareció el de una muñeca de porcelana, con la piel nívea, con algunas pecas en las mejillas y el puente de su pequeña y respingada nariz, los labios mullidos y rojizos que se mordió cuando la repasó. Sus cejas castañas se arquearon en una pregunta sumisa que le hizo rechinar los dientes.

—¿Dón-dónde es-estamos? —consultó Amanda, temblorosa, con el corazón cabalgando dentro de su pecho, inquieta con aquel repaso que la dejó plantada en el último escalón, donde se tuvo que subir para no estirar el cuello y ganar un poco de distancia.

Sin responder, el padre se giró y entró en una habitación oscura. Le mantuvo la puerta abierta para que entrase tras encender el único foco que iluminó la habitación, una luz suave y cálida que, lejos de darle un toque acogedor a la amplia habitación de piedra, la hizo recular hasta casi tropezar con el anterior escalón.

Se relamió los labios y, nerviosa, entró con pasos inseguros y cortos.

El sacerdote cerró la puerta a su espalda en un chirrido que le hizo dar un respingo.

—No me gusta recurrir a estas cosas, pero a veces es necesario imponer castigos para que los pecados no se multipliquen —indicó dando dos zancadas que los separó, sin prestarle atención a la monja temblorosa que se quedó quieta en medio de la habitación.

Se desabotonó las mangas de la sotana, se quitó el cuello blanco y se deshizo de la presión de las cervicales con una ligera rotación.

Amanda observó alrededor con asombro y temor.

No, no podía ser real. El cuarto estaba compuesto por cuatro paredes desnudas, de piedra, piedra helada que mantenía la habitación a una temperatura diferente a la de la iglesia. En la pared del frente, la única que tenía una sola decoración, estaba clavada una cruz de mediano tamaño, una cruz de madera oscura y pesada. Al lado derecho, en una cómoda descansaban una serie de artilugios que crisparon su piel y la hicieron tragar saliva con dificultad, todos de cuero negro, con diferentes terminaciones...

Se negó a ver más allá de lo que pudo apreciar a simple vista. A la derecha había un sillón grande, de cuero negro, casi tan grande que podía servir de cama, pese a que en una esquina había una cama pequeña, cubierta por sencillas sábanas blancas, lo único claro en toda la habitación.

—¿Qué hacemos aquí, padre? —inquirió nerviosa, temiendo la respuesta, pese a que ni en sus más locas pesadillas se pudo imaginar lo que iba a ocurrir en esa lúgubre habitación.

El sacerdote se giró. Se arremangó la manga y la observó de pies a cabeza.

—Rara vez es necesario flagelar el cuerpo para reconfortar el espíritu, pero, hija mía, has pecado contra tu cuerpo, contra tu alma, contra nuestro Señor e incluso, contra ese hombre...

La boca de Amanda se abrió sin dar crédito a las palabras que salieron de la boca del sacerdote, de ese hombre que se arremangó la otra manga de la sotana, revelando una serie de tatuajes hechos con tinta negra y roja, tatuajes con las formas de demonios espantosos con máscaras y expresiones terroríficas y flores rojas que se derretían en la piel nívea del padre.

Sus ojos ascendieron a los celestes y lo entendió.

Antes de que pudiese procesar por completo aquella revelación, el padre la cogió de la muñeca y la atrajo contra su cuerpo. Sus ojos se clavaron con intensidad en los suyos, repasó sus facciones, su

boca entreabierta, mullida y rojiza, sus ojos bien abiertos que revelaban más que simple terror. La sintió, la sintió por un segundo en el que sus cuerpos juntos se rozaron, en el que sus hábitos se confundieron, en el que sus respiraciones se profundizaron y se intoxicaron con el aroma del otro.

Gruñó y la llevó hasta el sillón, donde la giró e hincó observando la pared, maniatándola como a una muñeca de trapo, sin que Amanda opusiera la menor de las resistencias, perpleja y quizás acalorada con esa muestra de dominio que le mostró...

—Pero... —trató de renegar, pese a que no le salió la voz y ni siquiera pudo completar la oración en su cabeza.

Se quedó quieta, confundida, incluso cuando la llama en su centro abrasó cada parte de su ser y lo sintió en su espalda, con las manos tomando sus muñecas, apresándolas con un pañuelo de seda que sacó del bolsillo de su sotana, encadenándola.

Su corazón replicó como campanas en sus oídos, cada parte de su cuerpo palpitó sin comprender cómo llegó a estar hincada sobre el sofá, con la cara pegada al respaldo y el trasero salido, en pompa, en una posición comprometedoramente que la hizo removerse, pese a que no pudo deshacerse del nudo. Casi no podía respirar, sus aspiraciones fueron superfluas y el cuerpo le tiritó cuando la mano grande y masculina pasó desde su nuca hasta la curvatura de su espalda, impulsando su pecho hacia abajo.

—Debo castigarte, hija mía, debo hacerlo para que tu cuerpo no vuelva a pecar, para que no vuelvas a cometer un crimen contra tu deber, debo recuperar lo que le pertenece a nuestro Señor —señaló el padre con la voz bañada en un halo sombrío y siniestro.

Se giró al oírlo y captó los ojos celestes pegados a sus curvas que se expusieron con indecencia ante el sacerdote.

Amanda estaba hincada sobre el sillón, con el trasero con forma de corazón apuntando hacia su rostro, con la cintura enmarcada pese a las telas del hábito.

No lo pudo negar, cada una de sus terminaciones nerviosas se incendiaron cuando vio a la dulce monja esperando para entrar al confesionario. Pese a la división entre el penitenciario y el sacerdote, el confesionario estaba diseñado finamente para que el sacerdote pudiese ver si había feligreses aguardando para confesarse, así que, cuando salió la anciana, la última que creyó que se iba a confesar ese día y la vio, no pudo evitar tensarse.

Ver esos ojos del color de la avellana, grandes, dulces y expresivos hizo que todo su cuerpo despertara, que sus venas se incendiaran, que sus músculos se templaran y se preparara para su próxima casería.

No quería hacerlo, estaba «curado», llevaba años trabajando al servicio de la iglesia para controlar los demonios que lo dominaban, que le hacían caer ante el peor de los sacrilegios, ante la peor de las concupiscencias y retozar con mujeres, sometiéndolas hasta marcar sus cuerpos, hasta embriagarse con sus mieles y caer ante el embrujo de sus gemidos sofocados que solo lo enloquecían más y más.

Se dijo que solo iba a escucharla, así como lo hizo con la anciana que buscó la absolución para el absurdo pecado que cometió al mentirle a sus hijos para no cuidar a sus nietos, se dijo que no sería difícil ya que se trataba de una bonita monja, que seguro sus pecados no alterarían su espíritu, pero en cuanto comenzó a hablar y su femenina voz entró en sus oídos...

No pudo evitarlo, aquel relato del cual era protagonista lo enloqueció. No quería hacerlo, no quería castigarla, no quería hacerle pagar por los pecados de ambos, pero debía hacerlo.

Pasó la mano por su columna vertebral, reconoció con el tacto el suave y caliente cuerpo de la monja de la que ni siquiera sabía su nombre, la tocó con cuidado, pese a que cada parte de su ser le pidió mancillar sus curvas, explorar lo que había bajo el hábito. Quería desnudarla, corromperla, en su lugar, la acomodó para castigarla.

Se alejó cuando sus ojos conectaron, cuando la expresión de desasosiego de la monja lo atravesó y tuvo que reprimir las ganas de destrozar ese disfraz que cubría su lujuria.

Sus pasos lo guiaron hasta la cómoda.

Observó cada artilugio, cada látigo que podía ocupar. Su cuello se tensó y tuvo que estirar las cervicales para no encogerse ante el escalofrío que lo embargó.

Pasó los dedos por los diferentes aparatos, hasta escoger el indicado, un látigo ecuestre, de cuero, de múltiples tiras que se entrelazaban en el mango. Sus dedos acariciaron las tiras y con una mirada lobuna se giró para divisar a la pequeña monja que se removió para admirarlo.

Los ojos del color de la avellana se abrieron al ver el látigo e inspiró ambrosía pura al ver su expresión.

«Perdóname, padre, porque voy a pecar...» —rezó el religioso, Adam.

CAPÍTULO 4

Se le aceleró la respiración, el aire entró a sus pulmones, las motas de humedad junto con la fragancia de la delicada monja se colaron en sus fosas nasales, embriagándolo, como humo tóxico que alteró su psique y nubló su racionamiento, sus principios morales y religiosos.

No, ya no importaban las penitencias previas, los sacrificios en los que castigó su cuerpo para ya no sentir el calor en su piel, para que su sexo dejase de palpar pidiendo doblegar el terso cuerpo de una fémina que caería rendida ante sus encantos.

Se dijo que no iba a volver a pasar. Cuando lo enviaron a cumplir con su primer servicio como sacerdote para suplir al viejo padre Abraham que necesitaba jubilarse, se dijo que dejaría todo atrás, que se abocaría a la tarea de servir a Dios, de cumplir con su mandato y practicar el celibato impuesto. Sin embargo, en cuanto los primeros rayos solares despuntaron y el padre Abraham le hizo ver todos los pendientes que tenía que completar... El estrés lo venció. Se dijo que solo iba a reconocer el lugar, que iba a dar un paseo y se distraería. Llevaba varios días sin tocarse y muchos meses sin rozar el cuerpo de una dama. Se convenció de haber terminado con aquello, que su lujuria estaba aplacada, hasta que llegó al lago y el agua que danzó con la suave brisa, aspirar el aroma puro del campo, pensar en todas las jovencitas que lo admiraron con curiosidad y deseo, cuando llegó al pueblo, lo calentó.

Lo hizo, pensó en lo que no debía, pecó primero con la mente y se dejó vencer por la tentación.

Creyó que al meterse al agua podría acabar con la temperatura que se esparció por sus venas, que colmó su cuerpo cavernoso, no obstante, al quitarse la camisa sintió que alguien lo observaba. La sensación lo poseyó de inmediato y respondió ante aquellos ojos que ni siquiera buscó, pero que de alguna manera elevaron su deseo y echaron por tierra cualquier esfuerzo previo para mantener sus principios.

El ardor en su interior se propagó y la necesidad imperiosa de calmar su ímpetu lo dominó hasta que no pudo más y se tocó con furia, con desesperación, con aquellos ojos que no se apartaron de su cuerpo, que lamieron su piel con perversión.

Se masturbó, se tocó como hacía mucho tiempo no lo hacía, hasta que se liberó sobre la tierra con potentes descargas que electrocutaron sus terminaciones nerviosas.

Sin girar para verificar la sensación, para captar aquella mirada que lo exaltó, se desnudó y metió al agua para nadar y dejar que su temperatura disminuyera.

Aguardó dentro del agua, pese a que la sensación de estar siendo observado acabó en cuanto se corrió. Por un instante, creyó que todo estuvo en su imaginación, que el estrés junto con la tentación jugó en su contra y no pudo controlar su lascivia, que se olvidó de respirar y se dejó vencer por sus viejos hábitos.

No podía permitirse claudicar y menos ante su mayor pecado.

Sus adicciones fueron, por mucho tiempo, su mayor debilidad, al punto en el que se perdió durante mucho tiempo, en el que cayó en un foso oscuro en el que siempre quería más, en el que necesitaba un cuerpo femenino para azotar, maniatar y follar a su antojo, de mil maneras, cada una

más creativa y siniestra, hasta que un buen día se encontró rodeado de dos damas, ambas flageladas por sus látigos, con el trasero moteado por cardenales rojizos, así como la espalda y las succulentas tetas que amarró y fustigó, para luego nutrirse de los pezones y follarlas hasta que una de ellas terminó desmayándose gracias a la excitación.

Se sobrepasó, en lugar de detenerse cuando ella quedó sin ánimo, la arrojó lejos y siguió con su amiga, que estaba tan embriagada con la escena que no le importó el bienestar de su compañera, hasta que, a la mañana siguiente, cuando estaba dispuesto a sodomizarlas, la que se desmayó el día anterior tuvo una convulsión y tuvieron que llamar a la ambulancia.

Recordaba ese día como uno de los peores de toda su existencia, las chicas estaban maltrechas y de no ser porque todo pasó con el consentimiento de los presentes y que ellas no quisieron denunciarlo por agresión, no pasó a más, incluso cuando la policía estuvo a punto de arrestarlo.

Ver a una de las chicas destrozada sobre la cama del hospital, le hizo replantearse su vida, en especial cuando se dio cuenta que ni siquiera disfrutó lo suficiente, cuando comprendió que eran acciones mecánicas, que ya no se corría con gratificación. Entonces, un sacerdote que estaba visitando a los enfermos se sentó a su lado mientras esperaba en urgencias.

—¿Día complicado? —preguntó el anciano cura, con una sonrisa discreta y bonachona.

Lo miró, miró su sotana, el cuello blanco, la forma en la que su alma parecía irradiar luz a través de sus ojos pequeños y se dijo que quería esa misma vitalidad para sí.

No fue una decisión tomada a la ligera, pero hablar ese día con el padre José hizo que se replantea su vida. Apenas tenía veinticuatro años y su indecencia era tal que una chica estaba en el hospital por su culpa. Al principio solo fue a la iglesia para descubrir lo que hacía al sacerdote tan diferente y en la «Palabra», en el mensaje religioso, encontró el propósito para su existencia.

Tras dos años de tratar de controlar su adicción, encomendó su vida y alma al servicio de Dios, hallando así un poco de significado, un poco de calma.

Para su desgracia, su necesidad no concluyó en cuanto entró al sacerdocio, pero lidiaba mejor con ello o eso se dijo cuando fue nombrado párroco de la iglesia del pueblo, hasta que la pequeña monja entró al confesionario y buscó la absolución por aquel pecado que ambos cometieron.

Cuando comenzó a relatar sus transgresiones, se enojó, una furia desconocida lo embargó. No podía creer su suerte. Una monja... Ni más ni menos que una «hermana» fue la que lo vio. ¿Qué pasaba si lo reconocía y le contaba a todos lo que hizo? Y, entonces, escuchó cuando su voz se suavizó, cuando jadeos cortos y excitantes salieron de aquellos labios rojos, cuando su sangre se calentó y se imaginó lo que hubiese hecho de haber girado la cabeza para descubrirla tocándose, reteniendo los gemidos, excitada con solo verlo. Sin duda alguna, la hubiese follado contra la corteza del árbol.

Furioso con sus propios pensamientos, entendió que la pequeña monja necesitaba un escarmiento. Él también lo sufrió dos días atrás, tras volver a la parroquia, cuando se desnudó y se flageló por el pecado que cometió.

Quería... quería marcarla, quería que sufriera por hacer que la deseara, por corromper su alma, por hacer que su sangre viajara al sur de su anatomía y engruesara su polla, quería... quería castigarla con todo el peso de sus acciones, quería que supiera lo que provocó, quería venganza, al mismo tiempo que quería hacerse con los labios, con las manos y con las curvas de la pequeña monja que hizo que el color y la luz de su alma se desvaneciera hasta que solo quedó el deseo, un deseo que latió y lo cubrió por completo, bañándolo con un ansia que conocía a la perfección y que hacía meses, años, dejó atrás.

Quería... quería cobrarse con ella, quería que pagase por los pecados de ambos. Quería... La

quería a ella.

CAPÍTULO 5

Se relamió los labios, sus manos estiraron el látigo y se acercó a Amanda con pasos comedidos, en donde estudió el culo empuinado de la pequeña monja, la forma de corazón de sus caderas, su trasero voluminoso.

Recordó sus palabras... Amanda despreciaba su cuerpo, veía sus curvas como una violación a la naturaleza, una deliciosa violación de la que iba a disfrutar.

—Para resarcir el pecado de la carne, es necesario hacer pagar a la carne... Debemos expiar al demonio de tu interior, hija mía —indicó con aire ceremonioso, pese a que sus ojos se oscurecieron.

Contuvo el aliento al observarlo, de cerca, su semblante, su aura lúgubre y profana la rodeó y la dejó sin poder respirar. Sus latidos retumbaron alrededor de su cuerpo, las cosquillas incendiaron sus partes sensibles y un ligero resquemor abrasó su sexo.

Asintió como si entendiera lo que el padre Adam quería hacer, como si no le temblasen las piernas cuando pasó el látigo por su espina dorsal, acariciándola de aquella manera tan sugestiva que la hizo jadear, expectante.

Adam apretó el mango del látigo cuando los ojos de Amanda se dulcificaron y la aceptación recubrió sus dulces facciones.

No, no la quería cómoda, la quería rogando para que terminase con el castigo, quería que llorase con cada azote, quería que suplicara para que ya no siguiera.

Su mandíbula se apretó, su mano estrujó las cuerdas del látigo, para luego alzarlo y en un rápido y repentino movimiento fustigó el trasero de Amanda.

Su cuerpo se impulsó hacia adelante, gritó de dolor, su gesto se desfiguró, apretó los párpados y la mandíbula.

Aspiró profundo cuando sus lloridos lo reconfortaron y una sonrisa lobuna amplió sus labios.

Con la nueva sensación invadiendo cada parte de su cuerpo, revitalizando su sistema, alzó la mano y volvió a azotar su trasero respingón que, pese a huir del azote solo hizo que la posición cambiase y el golpe tocara cierta parte de Amanda que, más allá del dolor, la prendió de una manera que nunca pudo prever.

Gritó, un grito que salió de su garganta y se coló entre sus dientes apretados.

Se aferró al sillón y tembló. Nunca la golpearon en la vida, ni siquiera para disciplinarla, en cambio, su reprimenda por abusar de su cuerpo y pecar de gravedad estaba resultando ser demasiado dolorosa, más de lo que nunca se esperó.

Cuando cayó el tercer azote, se deslizó por el respaldo del sofá y se estremeció al sentir el primer pellizco en su pubis. Gritó, sí, pero la confusión se extendió por su cuerpo. El dolor la embargó con más fuerza, sin embargo, palpité para él, se calentó como si una cerilla activara la pólvora y esta calcinara cada parte de su ser.

Jadeó cuando el silbido del cuarto azote acudió a sus oídos, pero no fue hasta que le dio de lleno en medio del trasero que lo sintió con cada célula y gimoteó con desesperación.

No lo pudo evitar, pese a que arañó el sillón, no pudo evitar temblar de una manera diferente,

sentir el resquemor del látigo con otro cariz.

Los ojos de Adam se abrieron cuando Amanda se deslizó hasta pegar la mejilla contra el asiento, cuando su culo quedó en la posición perfecta para tocar algo más que sus mejillas mullidas que quería acariciar con las manos.

Entornó los párpados, sin poder creer lo que estaba viendo, dudando de las sensaciones que fueron evidentes, de la forma en la que su propio cuerpo respondió, del calor que lo acogió, de las pulsaciones que se incrementaron y la sangre que fluyó hasta colmar su erección.

Destensó los hombros antes de dejarse llevar y azotarla con más fuerza. Con una sonrisa maliciosa guio el látigo para darle de lleno en el sexo, para que las tiras de cuero pellizcaran sus labios vaginales. Su conocimiento previo sobre el cuerpo femenino llegó a su mente, a su memoria muscular que calculó el punto exacto para hacer gritar de dolor y excitación a la pequeña monja que ni siquiera podía sospechar lo que estaba haciendo.

La volvió a azotar, una y otra vez, dándole pequeños descansos en los que la acarició con el látigo, en los que le dijo que debía exorcizar su cuerpo.

Con cada nuevo flagelo, su respiración se volvió más errática, su sangre fluyó caliente como lava volcánica, su sistema se sobrecalentó y dejó de pensar con claridad, no era solo un castigo, era la recompensa, era el placer de ver cómo la pequeña monja se retorció, cómo su piel se recubrió con una ligera capa de sudor y se sonrojó, cómo su aroma intoxicó sus pulmones y sus jadeos obnubilaron su cerebro.

Verla temblar cada que el látigo la sacudía era demasiado para su mente pecaminosa, oír sus lamentos acuciantes lo excitaron, lo hicieron encoger las manos en dos puños apretados en más de una ocasión, hicieron que sus pupilas se agrandaran, que sus ojos se oscurecieran, que la boca le segregara saliva y se relamiera como un lobo deseando devorar a la pobre caperucita.

—No es suficiente —siseó cuando Amanda se dejó caer sobre el sillón, temblorosa, sonrojada, con el velo mal puesto que dejó ver algunos mechones de su cabello castaño.

Temblaba, sí, pero en ningún momento rogó para que acabase con el castigo, no hizo la más mínima señal para apartarse, al contrario, se volvía a acomodar con cada azote en el que se veía obligada a recular hacia el frente, exponiendo su sexo al flagelo del látigo, como si necesitara sentirlo.

Y lo entendió.

«¡Pequeña zorra...!» —exclamó en su interior, fascinado, relamiéndose ante la mujer que tenía entre las manos.

—¿No es suficiente? —inquirió Amanda sin comprender lo que el padre trató de decir, acalorada, resoplando, con la mente obnubilada.

Sus muslos se estremecieron, estaba caliente, demasiado caliente para su propio bien. Cada golpe fue un inesperado latigazo de placer que la hizo jadear. No estaba segura de cómo, ni siquiera era consciente de lo que pasaba, solo sabía que el dolor se combinó a la perfección con el ardor, un ardor celestial que la hizo suspirar y mojarse, que abrasó cada terminación nerviosa y caldeó su centro.

Lo sentía, sentía sus braguitas empapadas, con los cardenales de su trasero ardiendo y con cada nuevo azote reverberando en lo más profundo de su interior hasta tensar su vientre una y otra vez, al punto de que ya no estaba segura de cuántas veces la azotó.

Era la reprimenda más cruel que jamás logró conjeturar, en especial porque estaba poniendo a prueba todas sus creencias.

—Parece que el castigo no está teniendo el efecto necesario para sacarte el demonio que entró en tu interior, hija mía, por eso debo aplicar uno diferente —respondió Adam con aire desolador,

admirándola desde arriba con el deseo filtrándose en sus pupilas, pese a que Amanda no lo entrevió.

Tragó saliva con dificultad y se relamió los rojizos labios que tenía magullados gracias a las veces en las que se los mordisqueó para no gritar más alto con cada nuevo golpe. Estaba tan fuera de sí que no pudo descubrir lo que se escondía tras su mirada oscurecida, tras aquel cuerpo que se agrandó sobre el suyo; masculino y soberbio.

—Y... qué... ¿qué puedo hacer? —cuestionó al fin, tartamuda y nerviosa.

Se mordió el carrillo y su cuerpo se estremeció ante la intensidad de la mirada de Adam.

Su perturbación alcanzó un nuevo nivel. Estaba seductora en aquella postura, con su cuerpo aguardando ser descubierto por sus manos, con el hábito cubriendo sus curvas de una manera profana que solo incentivó más su ardor. Era la viva imagen del pecado, de la sumisión, de la entrega.

—¿Sabes, hija mía, cómo se refrena el pecado? —indagó Adam con la voz grave y oscura.

Negó con la cabeza, su estómago se hizo un nudo, el fuego quemó sus entrañas, pese a que algo revoloteó en su interior.

Se relamió y se acercó a su espalda menuda, ensombreciendo sus curvas con su imponente presencia, cerniéndose sobre ella.

—Hay muchas formas de suprimir el pecado, algunas más efectivas que otras. La primera, es ignorar la tentación, rogar para que nuestro Señor la aleje de nuestra mente, de nuestro cuerpo —susurró sobre su nuca, soplando su tibio aliento que le hizo vibrar en un placentero escalofrío—. Por supuesto, es una forma sencilla de huir de lo que se esconde tras el deseo, pero muchas veces es poco efectiva, ya que requiere mucho esfuerzo mental al que no estamos preparados, requiere dejar de pensar en ello y pensarlo al mismo tiempo, una tarea complicada.

Su mano bajó por su brazo hasta tocar sus muñecas y desatarlas con cuidado, rozando cada sensible nervio que la recubría.

Jadeó con el roce y se obligó a cerrar los ojos e ignorar la urgencia de tocarlo, de sentir su piel, de pasar la yema de los dedos por los tatuajes, por esos demonios que danzaban en sus antebrazos, por las flores que se derretían.

Pasó la nariz por su cuello e inhaló su esencia dulce, no descubrió a qué olía, no en específico, sin embargo, su piel despedía una fragancia embriagadora que lo tensó y estuvo a punto de bajar la cadera y frotar su erección entre sus tersas nalgas que debía tener calientes e irritadas, dispuestas a servirle a sus corruptos anhelos.

—La segunda manera de sobreponerse al pecado —continuó con la voz ronca y pasó la nariz por la curvatura de su cuello—, es el castigo... La reprimenda..., el flagelo ayuda a que el cerebro haga una conexión entre la causa y el efecto. Si piensas mal, si te consumes y la lujuria te desborda, siempre puedes recurrir al castigo físico. Tarde o temprano, el cerebro captará la idea de que excitarse es malo, que conlleva al dolor y, por lo tanto, evitará cualquier sensación que pueda generar la reprimenda. Es simple, quizás el más usado por los fieles y devotos que anhelan vivir sin esa angustia que se genera en el vientre y que florece como un campo de amapolas que invade tu interior. Es un método difícil y, para ser honesto, poco efectivo.

Se relamió los labios y trazó círculos en la mano de Amanda, apenas una caricia, pese a que las cosquillas aumentaron en el núcleo de la pobre monja que solo se movía para respirar.

Su corazón galopaba en su interior, sus palabras, la gravedad de su voz, la forma en la que la estaba cubriendo sin tocarla, solo con la punta de los dedos que sentía en cada parte de su anatomía... Estaba enloqueciendo.

Deseó ser tan atrevida para buscar su torso, para girar la cabeza y escrutar sus ojos celestes que la

quemarían ante el más inclemente fuego del infierno en el que feliz moriría.

—Está claro que, en tu caso, hija mía, la segunda opción es contraproducente...

—¿Por qué? —alcanzó a preguntar a media voz, con la respiración superflua, pese a que saboreó su perfume masculino, ese mismo que olió en el confesionario y le hizo apretar los muslos.

Un gruñido bajo salió de su pecho amplio y definido y su mano se movió al muslo femenino, desde la rodilla, donde el hábito se arremolinó indecentemente tras los azotes.

Subió por la piel suave, arrancándole gemidos sofocados a Amanda. Trató de contenerse, pero la fricción de su piel era demasiado estimulante para su atribulado cerebro. Sus dedos dejaban estelas de fuego que se extendían por sus nervios y provocaban escalofríos.

Ascendió y rodeó la cara interna de sus muslos.

—Lo sabes —musitó sobre su oreja, casi besándola—. Sabes por qué, sabes que no surtieron efecto porque produjo lo contrario a lo deseado.

Gimió, el aire salió de su boca en una húmeda bocanada cuando la mano del sacerdote se posó sobre sus braguitas empapadas. Estrujó la tela del sillón y tembló, solo la estaba tocando, no se movió, pero era suficiente para que la sangre se le volviese lava ardiente, para que su corazón pitase en sus oídos y todas sus creencias quedasen en el olvido.

—¿Qu-qué pue-puedo ha-hacer, pa-padre?

Cerró los párpados, su mano se calentó y humedeció, tenía la palma justo donde más necesitaba sentirla, temblando, palpitando para él.

Mil imágenes de lo que podía hacerle asaltaron su mente. Se vio empujando con violencia en el interior de aquella inocente monja, se vio sodomizándola, se vio metiéndose en cada uno de sus agujeritos que no habían sido reclamados antes por ningún hombre, se vio tocándola, magreando aquellas tetas que vislumbró con apetito, grandes y jugosas, bajo el hábito, se vio haciéndola alcanzar el clímax una vez tras otra, hasta que no pudiese más y explotara en un catarsis que contorsionaría su cuerpo y lo llevaría hasta lo más hondo de sus entrañas, donde la marcaría.

Apretó su sexo con la palma ante aquella visión.

Respiró hondo, inhaló su esencia femenina y sintió su coño pulsar.

—Hay una tercera opción... —masculló con los músculos tan tensos que se le hincharon las venas del cuello y las sienes.

—¿Cu-cuál? —preguntó con suavidad Amanda, enajenada, con las piernas como gelatina, pese a que apenas lograba retener la necesidad acuciante de mover las caderas y sentir su mano en cada uno de sus pliegues.

Quería... quería que la tocara más, que sus dedos se movieran, que su sangre burbujeara en su interior hasta hacer erupción y limpiar con el ardor de la lava su impudicia.

—Es una opción arriesgada... que requiere de mucho esfuerzo para superar la prueba, aunque claro, podría ser lo más factible dadas las circunstancias —meditó indeciso o al menos eso parecía, aunque por dentro solo deseó escuchar que la dulce monjita le diera su permiso para cumplir cada una de sus fantasías.

Gimió al sentir su calor acogéndola. Sus dedos se movieron con pereza muy cerca del epicentro de sus temblores, tan cerca que, aunque solo fue un simple roce a la tela de sus bragas, lo percibió en lo profundo de su ser.

Adam bajó más la cabeza y pasó la lengua por el lóbulo y el cartílago, casi sin tocarla, solo humedeciendo el borde.

Un espasmo la invadió, se pegó a su palma y movió el trasero ansiando sentir más de lo que le estaba dando, anhelando que explorara cada zona sensible de sus curvas, que la probara, que... Y se

guardó sus pensamientos, temiendo seguir la idea y dejarse arrastrar por el pecado.

La polla le palpitó. La tenía justo donde quería, la tenía dispuesta, solo debía mover los hilos correctos.

—Sabes, hija mía, la tercera opción es la más complicada, porque exige conocer el pecado, enfrentarlo... —prosiguió con el tono sugerente, con la voz ronca y baja—. Ahora mismo, tu mente arma mil escenarios, crea sensaciones producto de lo que, platónicamente, cree que sentiría si pasara una cosa u otra. No, no es tu cuerpo el que siente, es tu psique llevada por el desconocimiento, porque hasta ahora eres presa de tu imaginación. Pero ¿qué pasaría si quitamos el velo y descubres que nada es como lo supones?

Silencio.

Aguardó por un segundo en el que sus dedos frotaron su sexo por encima de las bragas, sin aplicar presión, solo como el aleteo de una mariposa que mima y altera sus nervios.

Se tensó, su cuerpo se hizo mil nudos ante sus palabras, ante la fricción. ¿Podía ser? Todo estaba en su cabeza, ¿cómo podía explicarlo si no era así?

—Haz la pregunta, hija mía. El misterio, lo desconocido nos atrae, nos hace codiciar lo que se nos oculta, hacer mil conjeturas y creer mil cosas que, muchas veces, no son ciertas. Lo desconocido despierta el morbo. En tu caso, hija mía, puedes apreciarlo en las reacciones de tu cuerpo. Tu cerebro mismo ha dotado de mil matices el acto sexual sin haberlo experimentado. ¿Puedes sentir antojo de algo que no has probado nunca?

Tragó saliva y apretó los párpados cuando movió la palma y apartó las braguitas por un instante en el que hundió los dedos entre sus labios y recolectó su húmeda con la punta.

Retuvo el gruñido. Estaba empapada, hervía, su dureza le reclamó por la tardanza, solo quería hundirse en su interior sellado, pero no iba a hacerlo tan sencillo, no iba a corromper su cuerpo a base de dolor, no, la iba a enloquecer, la iba a subyugar, la iba a retener a su lado.

La idea primitiva de apropiarse de la pequeña monja lo turbó al punto de que, su mano libre, con la que se sostenía sobre ella, estrujó el cuero del sofá y todos sus músculos se tensaron con dureza.

—Haz la pregunta, hija mía, ¿puedes soportar caer una sola vez y descubrir que nada es como lo pinta tu imaginación? O, por el contrario, puedes tomar una de las otras opciones y confiar en que tu fortaleza será tan fuerte para retenerte cada vez que ardas, cada vez que necesites algo que ni siquiera conoces, pero que idearás una tras otra vez —razonó con condescendencia.

Sus dedos le nublaron el juicio, estaba conteniéndose para no jadear, para no empujar sus caderas hacia atrás y encontrarse con su macizo cuerpo. Quería... quería aquello, quería consentir la abominación, después de todo, sonaba razonable, pero en su interior no creía que pudiese hacerle frente.

—N-no cre-creo que...

—Chist, piensa un poco más —interrumpió con amabilidad, sin dejar de frotar sus labios, de nuevo, sobre las braguitas—. Si descubres que las sensaciones no son tan intensas, que en realidad no te gusta lo que tocas, lo que sientes... Ni siquiera pensarás en ello, en cambio, podrías seguir castigándote por el resto de tu existencia, rezando y pidiéndole a nuestro Señor que no te ponga a prueba, sin embargo, las pruebas acudirán a ti con más facilidad. Solo me viste una vez en el lago, ni siquiera me miraste bien, no me conocías de nada, y te calentaste al punto de enloquecer, de olvidar quién eres... ¿Puedes seguir con eso, puedes contenerte, cuando no lo pudiste hacer una primera vez? Y si eso no fuese poco, el castigo solo incentiva más tu degeneración, hija mía. Puedes sentirlo —su voz se engrosó y la tocó con fuerza, metiendo las braguitas entre sus labios, mojándolas por completo.

Jadeó y arañó el sillón, con la electricidad irradiando de su centro, pulsando en cada uno de sus nervios.

—Lo ves. Esto es una quimera, no te he tocado, no me has tocado, todo está en tu mente —susurró con malicia.

Sus ojos se entornaron, su mano se movió con pereza, pese a que quería meterle las bragas por el lubricado agujerito, quería que rogara para que la tomara, para que la desnudara y se hiciera con su boca, manos, pechos y coño, la quería entera, suplicante.

Tiritó. Estaba cayendo en el borde de la locura. Él tenía razón, todo aquello era imaginario, ella misma lo reconoció en su relato. Ni siquiera vio su cara, mucho menos sabía que era el nuevo clérigo, que su acto irreflexivo era aún más perverso porque se tocó observando a un fiel y caritativo padre que solo quería ayudarla.

Su cavidad se abrió y cerró.

No estaba segura de nada, pero el sacerdote tenía razón. Lo intentó, intentó evadir, rezar, comulgar, absolver sus pecados a través de la confesión y del castigo, sin embargo, su cuerpo llamaba con apetito, anhelando algo que nunca le dio hasta que hacía dos días él se presentó para desmoronar su mundo. ¿Qué más le quedaba?

Sí, iba a saltar al precipicio.

La acarició desde el borde, pasó el dedo medio entre sus labios cerraditos y se relamió al sentir sus músculos destensarse.

La tenía...

Amanda asintió.

—Cre-creo que... que puedo... puedo hacerlo... Si esa... si esa es la forma de... terminar con esto... —respondió entre jadeos femeninos y su cuerpo vibró con cada roce de los dedos masculinos que volvieron a meter la tela de las bragas entre sus pliegues, hasta que quedó completamente empapada.

Sí, solo con sus habidas caricias podría sosegar el infierno que se abrió entre sus piernas, solo con el descubrimiento del pecado y la firmeza de su mano podía absolver a su corrupta alma, al final, todo comenzó y terminaría con él.

CAPÍTULO 6

Con una sonrisa maliciosa, deslizó la mano desde su sexo acalorado, sin desaprovechar la oportunidad para rozar el clítoris hinchado, provocando que Amanda gimiera y se estremeciera, que pegara la cabeza al sofá en busca del sosiego que tanto necesitaba y le estaba negando.

Sacó la mano de entre su ropa, sus párpados se entrecerraron al alejarse y observar el tembloroso y sumiso cuerpo de la monja cuyos hábitos desordenados revelaban su impudicia.

Relamió sus labios y la cogió de la muñeca para ayudarla ponerla en pie. Sus ojos conectaron cuando se giró para ponerse en vertical. Los avellana resplandecieron, doblados, en cambio, los celestes llamaron al ver su boca entreabierta, la forma en la que el sonrojo tinto sus mejillas. Era una seductora innata e iba a comprobar cuán pecaminoso era su cuerpo.

—Me viste sin sotana, ¿verdad? —inquirió y se alejó un paso, soltándola.

Asintió sin comprender el punto, pese a que inhaló hondo al observarlo por primera vez, al ver sus rasgos masculinos, su altura, su musculatura imponente, sus ojos que desprendían un halo intimidante.

Adam, sin quitar sus pupilas de las suyas, se arrancó los primeros botones de la sotana, para luego quitársela por encima de la cabeza en un movimiento fluido en el que hizo alarde de sus brazos musculosos y abandonó las vestiduras.

Sus ojos se abrieron y cayeron directo en el pecho amplio y bien esculpido del sacerdote, en los pectorales hinchados, en los abdominales marcados y en aquella «v» que apuntaba directo a la protuberancia enmarcada entre sus piernas.

Tragó saliva con dificultad y se quedó de piedra al verlo de cerca, tan parecido a dos noches atrás, en el lago. Sí, era él, era el hombre con el que estuvo soñando, el hombre que la hizo caer en el pecado de la lujuria por primera vez.

Sus manos apretaron la tela negra del hábito.

—Dijiste que querías ser mis manos, que querías darle placer al hombre que encontraste en el lago, ¿verdad? —aclaró con la ceja alzada.

Se acercó una vez más, la cogió de la mano y la puso sobre su pecho.

El corazón le dejó de latir. Su piel caliente y suave le quitó el aliento que abandonó su cuerpo en una exhalación. Tembló con más fuerza. Su mano hizo contacto con el objeto de su deseo. ¡Lo estaba tocando!

—Ves, no hay nada maravilloso, es solo otra piel... —apuntó con suavidad, dando un paso al frente, obligándola a alzar el cuello para que sus ojos siguiesen a sus pupilas—. No hay nada extraordinario, ¿verdad?

Sonrió, una sonrisa que parecía dulce, pero que guardaba los secretos oscuros de su alma.

—Aunque, quizá, eso no sea suficiente... —meditó no muy convencido.

Cogió su otra muñeca y la jaló contra su pecho, sin apartarle la mano que seguía sobre su pectoral, tímida, tiritante. Tenía la mano pequeña y delgada, su toque era lánguido, sin embargo, le gustó que fuese tan reprimida. Por sus ojos pudo ver el deseo serpenteando en su interior, caldeando

su centro, pero no era suficiente.

—Dijiste que querías complacer al hombre, ¿verdad? —consultó con la ceja enarcada en una expresión diferente que Amanda no pudo determinar, no solo porque su corazón latía con furia sino porque su mente dejó de funcionar.

Lo tenía cerca, podía sentir su calor, estaba solo a unos centímetros, tan cerca que su aliento besó su frente.

Asintió a su pregunta, con lentitud, así como el procesamiento de su aturdido cerebro.

—Entonces, hay que hacerlo, hay que cumplir con esa fantasía para que entiendas que es solo una fantasía, que la realidad es más aburrida, ¿no crees?

Se relamió. Los ojos celestes del padre se oscurecieron, sus pupilas se agrandaron y pudo sentir su pulso errático en la punta de los dedos.

Quería aquello, quería sentir y ver más de cerca su cuerpo endureciéndose y explotando, quería... quería tocar, saborear, dejar que se saciara con ella.

Volvió a asentir como una muñequita sin opinión, enajenada con su piel, con su aroma masculino que se introdujo en su sistema y envenenó su psique.

Sonrió, una sonrisa amable, pese a que sus ojos denostaban lo contrario, sus ojos celestes revelaban sus intenciones, si tan solo la pobre e ingenua monja supiera la clase de bestia que se escondía en su interior.

—Creo que por ahí debemos comenzar... Por desnudarte, por quitarte lo que tanto te incomodó esa primera vez cuando te deslizaste contra la corteza del árbol y deseaste complacer al hombre del lago...

—¿Des-desnudarme?

Pestañeó asustada, sus alarmas se encendieron, pero no pudo dar una sola razón para no cumplir con su orden velada.

—Sí, hay que despojarte de tus hábitos, hija mía, no es correcto jugar con tu devoción al quedarte con las vestiduras impuestas por nuestro Señor.

Tragó el nudo que le cerró la garganta y asintió.

Sí, no se podía quedar vestida con el hábito cuando iba a cometer un pecado, de lo contrario, estaría manchando su fe.

Adam sonrió con calidez y sin apartarle la mano, con cuidado, la despojó del velo, soltando su cabello castaño, sedoso con suaves ondulaciones que acentuaron sus facciones de muñequita. Dejó caer el velo al suelo, junto con su sotana. Se acercó otro paso más. Amanda contuvo el aliento al quedarse con los ojos fijos en su cuello masculino, en la nuez de Adán que subió y bajó con necesidad cuando sus manos subieron la falda desde sus piernas, arrugando la tela en su cintura para subirla después por su cabeza y así quitársela en un solo movimiento.

Dio un paso hacia atrás y la observó desde los pies.

—Quítate lo zapatos y calcetines —ordenó con rudeza, fijo en sus pies pequeños cubiertos por los calcetines que se arremolinaron en los tobillos delgados.

Se estremeció, estaba casi desnuda frente a él. Sintió vergüenza y se encogió, deseando cubrirse, deseando llevar más ropa bajo el hábito, pero no, se quedó en ropa interior, aunque él parecía no prestar atención a sus braguitas de algodón, blancas, ni a su sujetador de ligera copa en el que se podía ver los pequeños puntos que eran sus pezones erguidos.

Con vergüenza, encogió un pie y se quitó un zapato, cubriéndose con el brazo los pechos y con la mano el sexo.

Se mordió el carrillo para no sonreír, para no atacarla en ese preciso instante y olvidarse de

alterar más a la pequeña monja. No podía solo verla, quería que sintiera cada paso que dieran.

Sin zapatos ni calcetines, se permitió ver sus pies delicados, delgados y pequeños. Se relamió, aunque no era momento para mostrarle cada fetiche, pero si todo salía bien, lo haría en el futuro, la doblegaría y moldearía, ella sería su perdición, y ya nada lo podría impedir.

Subió por los tobillos, por las rodillas sonrojadas, por los muslos apretados y la mano que cubría precariamente su pubis. Su espalda se engrosó al ver sus caderas llenas y redondas, al ascender por su vientre plano y su ombligo sensual en el que iba a meter la lengua en algún momento. Ascendió por la pequeña cintura en la que afincaría las manos para follarla con violencia, subió hasta los pechos grandes que, pese a la postura incómoda en la que trató de ocultarse, vislumbró los globos redondos de carne que le hicieron salivar. Subió por su precioso escote con forma de corazón, por sus hombros estrechos, por su cuello níveo que lamería hasta hallar el pulso en sus venas, y llegó a su rostro cubierto por algunos mechones de cabello, con los ojos pegados en el suelo, mortificada por su desnudez, pese a que su piel no dejó de emanar calor, y supo que le excitaba esa pequeña humillación.

Cogió su mano con tacto y la apartó de sus pechos.

—Dijiste que querías complacerlo, ¿verdad? —inquirió y le levantó el rostro con la mano para entrelazar sus miradas.

Asintió con turbación.

Sin decir ni una palabra, pero sin apartar los ojos, la arrastró hasta el sillón, no obstante, esa vez, él se sentó y la hizo hincarse en medio de sus piernas.

—Bien, hazlo, prueba que no es como te lo imaginabas, que no hay nada glorioso en tocar a un hombre...

Parpadeó asustada y lo miró, hincada entre sus piernas fuertes, a unos centímetros de la bragueta abultada, de su torso musculado que la hizo volver a temblar, que calentó su cuerpo y agitó su respiración.

—Yo-yo no... no he...

Se acercó y le acarició la mejilla con dulzura, sus ojos se entrecerraron y oscurecieron, pasó el dedo por su labio inferior, rozó el borde y la hizo jadear, cerrar los parpados y estremecerse.

Cortó la distancia que los separaba, Amanda cerró los ojos y el gesto se le deformó, la tenía donde quería, como la quería...

La besó, apenas sus bocas se conectaron su interior estalló en mil sensaciones. Sus labios eran suaves, delgados y masculinos. Adam no se movió por un segundo que se le antojó eterno, hasta que sus manos acogieron su mandíbula y no pudo contenerse por más tiempo y la besó, un beso suave, tierno, en el que exploró sus mullidos labios que sabían a menta y algo dulce, lamió el contorno y gimió cuando ella se acercó, cuando se alzó sobre sus rodillas y buscó más.

Sus labios conectaron con pasión, sus manos delicadas lo tocaron con temor y necesidad. Sacó la lengua y la abrió para sí, acarició su boca con sensualidad y lascivia, enarbolando sus sentidos, pese a que solo quería cogerla de las manos y echarla sobre él, para después impulsarla a que le comiera la polla, a que abandonara la dulzura y se dejase vencer por la lujuria, una lujuria virulenta que le haría correrse en sus labios.

Quería corromperla a la vez que no se permitió hacerlo, en su lugar, la besó con suavidad, con mimo, recorrió sus labios, los reconoció, así como sus lenguas se rozaron

Sus labios hormiguearon, pequeños destellos eléctricos bajaron desde su boca y acariciaron cada parte de su cuerpo que deseaba unirse con él.

Sin saber cómo, le correspondió el beso, subió sobre su cuerpo y lo llevó contra el sillón,

aplastando sus pechos grandes contra su torso, con las rodillas contra el sofá.

Sus senos se derramaron sobre sus pectorales, ambos jadearon al percibir el calor del otro y el beso aumentó, explotando en su centro.

Adam la besó con desenfreno, con ansias, devoró sus labios, los mancilló.

Tenía los pechos suaves y abundantes sobre su torso, podía sentir los pezones erectos, la piel tersa, su abdomen pegado a sus abdominales y sus sexos a solo unos centímetros.

Se estaba quemando con ella, estaba a punto de doblegarse ante el deleite de sus labios dóciles que lo estaban enloqueciendo, ante el deseo que ni ella podía manejar.

Mordisqueó su labio inferior y se separó, buscando oxígeno, pese a que solo se movió hasta su oreja.

—Tócame, hija mía, siénteme como deseaste hacer hace dos días. Calma mi cuerpo, bésame para que me salve del infierno en el que me tienes encadenado —susurró con la voz profunda, adentrándose en su mente.

Asintió encandilada, sin pensar, con los sentidos sulfurados, con los labios palpitando, hinchados y rojos.

Lo besó, besó su barbilla, bajó por su cuello sin pensar. Lo tocó con las manos, repasó sus músculos sin dejar de regar besos por el cuello, por la nuez de Adán que subió y bajó, encandilado con los labios de menta que quemaron su piel, que le hicieron palpar.

Se agarró a su melena castaña, pero no la impulsó hacia abajo, quería ver qué hacía, quería el placer de su ingenuidad, el deleite de su pureza condenada al averno por aquel acto impúdico y sacrílego.

Amanda besó y lamió su piel que le supo salada, que nubló su mente y la hizo suspirar, que caló sus bragas e irritó sus pezones con la fricción del sujetador.

Bajó tras tocarlo, con los ojos cerrados descendió sin dejar de besar su torso, de pasar la lengua por los músculos definidos, por las ondulaciones y las llanuras. Lo tocó imaginándose lo que le gustaba, atendiendo a los cortos aullidos masculinos que salieron de su garganta, al calor que aumentó cuando sus manos bajaron a la pretina del pantalón y le quitó el botón.

No estaba segura de lo que estaba haciendo, pero quería... aquello, quería los bramidos violentos con los que se corrió dos días atrás y dejó su semilla en la tierra, quería que, esa vez, fuese sus manos las que lo llevaran a la cima, quería ser ella la que aumentara sus latidos, así que siguió descendiendo, besando su abdomen, su vientre que se tensó con cada lamida, con el roce de su lengua húmeda que lo estaba enloqueciendo.

«¡Pequeña zorrilla!» —profirió en su mente, dejándose llevar por esa boquita cándida que lo estaba matando con sus caricias torpes, con sus labios mullidos que se posaban sobre todo su cuerpo sin rumbo definido, pese a que dio un respingo cuando los dedos tocaron su pubis y enredó las puntas con el suave vello que descendía en su camino feliz.

Gruñó, afianzó las manos a su cabeza, reteniendo el impulso de bajarla hasta restregarle la erección.

Bajó el cierre del pantalón y alzó la mirada para verlo, para ver su boca entreabierta, sus ojos entrecerrados que se veían casi negros a causa de las pupilas dilatadas.

—¿Quie-quiere mi... mi boca, padre? —se atrevió a preguntar, enrojeciendo de la vergüenza, pese a que la excitación pudo con su mente y ansió saber qué tanto la deseaba.

Adam la miró fijo, estaba despeinada, con los labios mancillados, los ojos brillando y flameando a causa de la pasión, hincada entre sus piernas, sumisa, por completo.

Asintió.

—Todo, lo quiero todo... —respondió con hosquedad.

Sus dedos se encogieron al oírlo y lo admiró de otra manera, con la misma aura oscura que emanó su cuerpo cuando estaba en el lago. No era el sacerdote del confesionario, era el demonio de tatuajes de tinta negra y roja, era la tentación en estado puro.

Sonrió, una sonrisa sombría que la hizo estremecerse, que calentó su núcleo.

Alisó su cabello con una mano, sin apartar los ojos que fueron de sus pupilas dilatadas a sus labios, para después tocar su mejilla con un roce que le hizo cerrar los párpados por un instante. Tocó su labio inferior y metió el pulgar en su boca.

—Succiona —ordenó con sequedad.

Amanda lamió, confundida, salivando la punta del pulgar.

—Piensa que es una deliciosa paleta, la que más te gusta, y se está derritiendo en tu boca, necesitas chuparla antes de que caiga en tu cuerpo, antes de que te moje, antes de que se derrame, ¿verdad? Hazlo así.

Sacó el dedo y le embarró la saliva en el labio.

Suspiró hipnotizada, su gesto se desfiguró, mortificada con el calor avasallante que irguió sus pezones encrespados y punzó en su coñito.

Bajó la mano por su barbilla y la llevó hasta su erección. Se tocó por encima del pantalón, con los ojos fijos en Amanda, pese a que ella no pudo evitar encontrarse con su protuberancia y relamerse al ver el movimiento serpentino que tanto la fascinó en el lago.

Gruñó y se sacó la erección al bajar el pantalón y la ropa interior en un solo movimiento.

Se tensó al verlo, al ver lo grande que realmente era, lo fuerte y lo duro que estaba. Nunca vio un miembro viril antes del lago, y mucho menos de tan cerca, sin embargo, pese a que no podía compararlo con nada, se le antojó demasiado grande para su boca, para sus manos, además, estaba muy duro y las venas estaban dilatadas y se enrollaban alrededor de su tronco.

Era imponente.

Tragó saliva.

Adam se calentó más con aquella apreciación, con la forma en la que los ojos del color de la avellana se agrandaron y resplandecieron, con la manera en la que la boquita se entreabrió y tragó con dificultad, con su cuerpo curvilíneo que contuvo el aire e infló sus pechos que estaban a punto de salirse de las copas.

Cogió una de sus manos y la llevó sobre su dureza y la hizo deslizar la palma con suavidad.

—Así, tócame, succiona y lame con tu boquita como si fuese tu paleta favorita —ordenó con la voz sombría, como el encanto de la serpiente en el huerto del edén.

Asintió sin poder dejar de admirar su grandeza, se acercó y acomodó entre sus piernas. El calor palpitante de su miembro la envolvió y eclipsó su falta de experiencia.

Su mano se movió con vida propia, los gruñidos masculinos alzaron su anhelo y la exhortó a seguir, a acercarse más, hasta que lo tuvo tan cerca que pudo medir su rostro en relación con su pene grande.

Jadeó temblorosa, y su mano punzó con el latido que atravesó la polla.

Se mordió el interior del labio, los pezones le picaron, su vientre se constriñó y cortó la distancia hasta poner la boca sobre la punta. Lo besó con los labios mojados, brillantes, turgentes.

Bramó al sentir su delicadeza, la forma inocente con la que lo mimó, con los ojos cerrados, aguardando un segundo en el que un rayo eléctrico lo atravesó y tuvo que agarrarse del respaldo del sillón para no ponerle las manos encima.

Gimió, se dejó llevar por la necesidad que ardió en su interior. Sacó la lengua y lamió la punta,

probando el líquido que salió de su ojo ciego, el sabor salado empapó sus papilas gustativas. Abrió los ojos y lo miró, captó su semblante, su poderoso cuerpo desmadejado y tirante gracias a su toque y no se contuvo, algo estalló en su interior y dejó de pensar.

Lo besó, lamió desde la base, imaginando que era la paleta que él le dijo, lamió con fuerza, restregando la lengua y luego besó la punta. Movié la mano con torpeza, sin saber si estaba aplicando mucha o poca fuerza, solo guiada por la expresión del sacerdote, por sus ojos enfurecidos, por sus resoplidos profanos, por sus respiraciones tumultuosas, por la forma en la que sus caderas se movieron. Lo lamió, lo besó, movió la mano y cuando Adam no pudo más, la guió con una de sus manos enredada en su mata de cabello y se metió en su boca para mover las caderas.

Le lloraron los ojos cuando se encajó en lo más profundo de su garganta, con suavidad, perforando su boca con un movimiento fluido que le recordó a una serpiente cuando movió las caderas bien esculpidas.

La arcada sobrevino, pero la evitó como pudo, sin embargo, fue el disparo de salida para enloquecerlo, en especial porque cada parte de su boca lo apretó y verla con los ojos inundados de lágrimas, sin oponerse a la intrusión, oscureció su interior y la perversión con la que trató por años, salió a flote.

Sin contenerse, la cogió de la melena y le folló la boca con desesperación, haciéndola llorar, maniatando su cabecita, su boca que no podía acogerlo por completo, pero que lo estaba exprimiendo con cada impulso en el que trataba de complacerlo, con cada lamida que trataba de darle, con cada succión que lo devoraba.

Sus caderas se movieron por instinto, arropándose en el calor y la humedad de su boca pecaminosa, de sus ojos que lo miraron con ardor, de su rostro enrojecido. Su expresión se tensó, así como su cuerpo, sus músculos se engrosaron, sus brazos se marcaron con cada arremetida, su ceño se frunció y apretó la mandíbula.

El fuego lo estaba consumiendo, comenzó con las lamidas que le dio que enviaron rayos eléctricos desde sus pies hasta su polla que palpitó cuando lo besó, su mente se desconectó y su cuerpo lo dominó, la dulzura e inexperiencia de los labios de menta lo estaban controlando, sacando a la bestia en su interior.

Jaló su cabello, la hizo hacia atrás con un simple movimiento y se paró del sofá para tomar su boca con más fuerza.

Sus manos se fueron a sus muslos, estaba maltratando su boca, perforando su garganta, ni siquiera podía tragar la saliva que salía de las comisuras de sus labios, sin embargo, cada terminación de su cuerpo se prendió al verlo levantado, alto, fuerte y masculino, maniatándola para que lo complaciera.

Rugidos violentos salían de lo más profundo de su ser, y se sacudió con más brío en su interior, al punto de que la estaba ahogando, pero no se opuso, si eso quería, se lo daría.

Su corazón iba a estallar, aquella boquita lo estaba matando, una capa de sudor cubrió su pecho y rostro que enrojeció ante el enfermizo placer. Siseó cuando sintió el primer escalofrío, cuando las palpitaciones descendieron fuertes hasta colmar su boca, cuando sus testículos se tensaron y sus pies se encogieron, pese a que no dejó de moverse dentro de su tersa cavidad, de llenar sus pechos con saliva, de enredar su cabello.

Aulló cuando la energía se acumuló en su vientre, cuando la succión se intensificó y pudo sentirla con cada parte de su cuerpo.

Alzó la cabeza al cielo, su cuerpo se templó como las cuerdas de un violín y estalló, corriéndose dentro de su garganta, obligándola a tragar su polución con dificultad, a apretar las manos sobre su

cadera y presionar para alejarse y poder respirar.

Inhaló y entre temblores la dejó alejarse, aunque quería hacer justo lo contrario. Quería adentrarse otra vez en su garganta y dejar que las últimas gotas cayeran en sus entrañas, en lugar de pringar su rostro.

Tosió, tragó como pudo su corrida que no imaginó que fuese tan caliente ni espesa. Se estremeció con las sacudidas de su cuerpo ante la invasión y cerró los ojos cuando entendió que no le bastó, que necesitaba más.

Abrió los párpados con pesar y se encontró con la erección menguando, pese a que su mano seguía en su cabello y su cuerpo grande estaba tratando de meter aire a los pulmones, sin verla. Lo miró y engulló el nudo que le cerró la tráquea.

Algo en su interior revoloteó con candor, con un calor diferente que le hizo sentarse sobre sus talones y admirar al hombre que tenía enfrente, que dominó su cuerpo y la estaba convirtiendo en mujer sin saberlo.

Se relamió y paladeó su sabor, su aroma embriagante.

—Quiero más —reconoció en un murmullo.

Adam bajó la cabeza y se liberó en una exhalación.

Ni de cerca fue la mamada más profesional que recibió en la vida, pero su inocencia e inexperiencia compensó todo y deseó más de esa boquita, de la forma en la que se sometió a sus acometidas sin importarle más que complacerlo.

Miró el rostro sonrojado de la pequeña monja, la forma en la que sus labios estaban enrojecidos y maltratados, los restos de su semen que pringaban sus mejillas y naricita.

Se relamió y su miembro punzó, como si minutos atrás no se hubiese corrido.

Si así era la primera vez...

Alzó la ceja al comprender sus palabras.

—Pero, si solo querías complacer al hombre del lago, ¿verdad? Ya lo probaste, hija mía. —La acarició con suavidad, recolectando su polución y llevándola a sus labios que lo lamieron sin pensar.

Gruñó por lo bajo, fascinado con cada movimiento de la pequeña zorrita en la que se estaba convirtiendo la monjita.

—S-sí, lo... lo sé, sé qué dije que... —hiperventiló y se contuvo, llevando la mirada hacia el suelo, avergonzada con lo que pasó por su cabeza.

Era una desvergonzada... No obstante, quería más, quería sentirlo de otras maneras, acallar el cosquilleo entre sus piernas y sus pechos, esa sensación que solo se intensificó con su brutalidad, con la forma en la que la sometió y la hizo sentir... extraña de una manera que no podía describir.

Bajó las manos desde las caderas del sacerdote hasta sus muslos y se ocultó tras su cabello.

Adam sonrió, perverso, su cabeza se ladeó y estudió el cuerpo atribulado de Amanda que, sin saberlo, estaba en la perfecta postura de una sumisa. En ella era tan natural, que no le quedó duda que estaba hecha a su medida, pese a que le faltaba todavía entrenarla...

—Quizás es porque falta otra parte de tu fantasía, hija mía —meditó reflexivo y se sobó la barbilla.

Alzó la cabeza y buscó sus ojos.

—¿Otra parte?

Su ceño se frunció y parpadeó en su dirección.

El padre asintió.

—Por supuesto, dijiste que querías que sus manos fueran las tuyas..., pero que también querías que las tuyas fuesen las de él, ¿verdad?

Se mordió el labio y asintió despacio. Su corazón dio un vuelco y sus músculos internos se contrajeron.

Con el gesto benevolente y cálido, Adam la cogió de la mano y la ayudó a ponerse de pie, aprovechando para salir de sus pantalones y quedarse completamente desnudo ante ella.

—Tranquila, lo vamos a solucionar... —Acarició su mejilla con el dorso de la mano y la miró con candor.

Se perdió en sus ojos celestes, en su sonrisa pequeña que no arrugó las comisuras de sus ojos.

Su alma se agitó, sus manos la rodearon, lo tenía tan cerca que de nuevo se vio obligada a alzar la cabeza.

—Es necesario recrear tu fantasía otra vez, hija mía, debes sentirme... Ahora que lo recuerdo —habló con tranquilidad, suave, embrujándola con su voz ronca y masculina—, dijiste que tus pechos y tu centro son los que te incomodaron, ¿verdad?

Asintió sin pensar, con la respiración desacompasada y la pólvora incendiándose en cada una de sus partes. Sus pechos se elevaron con cada truculenta inhalación, su corazón se aceleró, su sexo se apretó y bañó, caliente y empapado.

Lo miró, lo miró con ansia, con necesidad, con nerviosismo y entrega.

Le quitó un mechón de cabello y se lo puso tras la oreja. Repasó sus rasgos de muñequita y la bestia libertina en su interior saboreó lo que sería el más dulce de los manjares que de alguna forma había terminado enredado entre sus manos para nunca más dejarlo ir.

Si ese era el infierno de ambos, pensaba disfrutarlo con cada parte de su cuerpo, y ¡vaya que lo iba a saborear!

CAPÍTULO 7

La peinó con suaves caricias, le sonrió con dulzura y acortó el espacio que los separaba, hasta que pudo sentir la punta de sus tetas suaves que pronto iba a saborear.

—Tranquila, verás que no es para tanto, que tu imaginación te jugó en contra —indicó cuando vio que retuvo el aliento, que se sofocó con su cercanía.

Sus manos se fueron a sus mejillas y la tocó con ternura, bajó la cabeza y besó su frente. Deslizó las manos desde su cuello, rozó sus hombros y las llevó a la temblorosa espalda de Amanda. Sus pequeñas manos, por instinto, buscaron sus abdominales y le metió las uñas sin hacer fuerza.

Retuvo el bramido y con un movimiento grácil, le desabrochó el sostén y dejó que este cayese por su propio peso.

Confundida y temerosa, dio un paso atrás, y se trató de cubrir, pero la retuvo con las manos sobre sus brazos, impidiéndole taparse.

—La desnudez no debería avergonzarte, hija mía. Nuestro Señor nos hizo con inocencia, y de esa forma hay que ver el cuerpo del otro —explicó con falsa indulgencia.

La miró a los ojos, esos ojos grandes que brillaron gracias al pánico, pese a que no pudo ocultar la fiebre que la inundó. Le sonrió y le acarició la barbilla, pese a que se agitó desde adentro. La tenía casi por completo desnuda, con los pechos grandes, redondos, blandos y turgentes expuestos ante sus ojos que no tardaron en bajar.

Dejó de respirar cuando el padre la vio, cuando vio su más grande delito, esas curvas que ni una sola mujer debería exponer ante un hombre.

Giró la cabeza para ocultarse de su escrutinio.

—Chist, tranquila, tu cuerpo es hermoso, eres una hermosa criatura de nuestro Señor, hija mía —canturreó con la voz suave, pese a que una aspereza oscura perforó en sus tímpanos y la hizo alzar la mirada para encontrarse con el fuego celeste más profano que alguna vez admiró.

Sí, la deseaba, podía entreverlo en aquel gesto, en su cuerpo que se volvió a engrosar para ella. Dejó de respirar y sus ojos quedaron conectados a los del padre.

Adam acarició su barbilla, cogió su muñeca y la llevó al sofá donde la hizo acostarse, sin dejar de mirarla, sabiendo que no debía asustarla, que debía ir despacio si no quería que saliera corriendo y la diversión terminara, porque claro que faltaba mucho por disfrutar.

Acostada, se cernió sobre ella, con movimientos lentos en los que no dejó de bailar con la pequeña monja para que no se alterase de la manera equivocada.

Se agachó, rozó su mejilla con el dorso de la mano y descendió para volver a besarla en los labios, lento, dulce, creando placenteras cosquillas que atribularon la mente de Amanda, que la hizo volver a embriajarse con el encanto de aquel hombre que estaba cumpliendo cada una de sus fantasías.

Lo tocó, sus manos se fueron a sus bíceps y dibujó formas con sus dedos sobre los tatuajes, se embriagó con sus labios que poco a poco aumentaron la intensidad de la caricia, que estaban besando, succionando sus labios, su boca, que acarició su lengua con la suya y nubló su

racionamiento una vez más, al punto de que lo buscó, que su cuerpo se arqueó y se frotó los pezones con sus duros pectorales.

Gruñó, se estaba moviendo, el instinto lascivo salió a flote, algo que lo enloqueció.

Bajó la mano y tocó su cuello, la pasó por su espalda y terminó de arquearla, de abrirle las piernas para casi acostarse sobre ella y rozarse con su cuerpo.

Aulló y mordisqueó sus labios, para después besarla con necesidad, hambriento, ansiaba escuchar los gemidos que quedaban atascados en la garganta femenina, sentir sus caderas que se movieron contra su erección que se iba engrosando más y más, hasta que estuvo preparado para follarla, pese a que antes quería que descubriera el paraíso carnal.

Bajó por su cuello, tal y como hizo Amanda minutos atrás, pero no se limitó a pasar la lengua por la piel, a besarla con aprensión, en su lugar, lamió con urgencia, le succionó la piel cuando más tensa se puso, cuando sus gemidos aumentaron de decibel, cuando se removió y sus manos fueron de sus brazos a su espalda. La besó y succionó su piel con desesperación. Bajó más, besó su escote, cambió la fuerza en sus besos, desconcertándola, enloqueciéndola, hasta que llevó una de sus manos a su pecho derecho, lo alzó y comenzó a jugar con sus globos de carne, regando besos y lamidas por toda su redondez, hasta que alcanzó la areola y pasó la lengua hasta erizar la piel y escuchar sus suspiros cada vez más exasperados.

Sonrió con malicia y lamió su perla rosada que tanto quería probar, que tanto le estaba provocando junto con los movimientos de cadera que ella no podía controlar.

Ardió al sentir su pequeño botoncito, la sangre hirvió y calentó cada parte de su cuerpo, no pudo soportarlo. Alzó el pecho desde abajo con la mano y se llevó el pezón a la boca. Jugó con él, lo lamió, lo torturó con mordiscos suaves para luego succionar y embeberse con sus lamentos, con las uñas que se enterraron en su espalda, con la cadera que lo buscaba, que quería sentir la fricción sobre el clítoris que le negó cuando se alejó y se abocó a su pecho grande. Succionó con avaricia, con ferocidad, maniatándola como deseaba, hasta que gritó y lo llamó.

—¡Padre, por favor! —rogó desesperada, con mil rayos impactando desde donde sus labios la estaban atormentando, hasta su centro que estaba caldeado y empapado en su propia impudicia.

No podía más.

Lamió y succionó por última vez, para estirarlo con los labios y subir los ojos para ver la desesperación en los ojos de Amanda que apenas se entreveía entre sus párpados cerrados, pese a que su boquita estaba más hinchada gracias a su beso previo y a los dientes que mordieron su boca para no gemir con más fuerza.

Se deslizó como una serpiente por su cuerpo, acunó el otro pecho y lamió el pezón con dureza.

Jadeó y se estremeció, en especial porque la mirada del sacerdote se oscureció y parecía devorarla con un deseo insano.

Peinó su cabello oscuro, los dedos femeninos se enredaron con los mechones que, ya sin goma de peinar, caían sobre su rostro masculino, haciéndolo ver más peligroso, más viril.

Tragó saliva cuando volvió a lamerla y cerró los ojos, sin poder ver cómo mancillaba su otro pecho, cómo la calentaba con su boca, con sus labios que profanaron sus senos como un lactante, que succionaron sus pequeñas perlas rosadas hasta incendiar su vagina y crear mil cosquillas que la estaban alzando a la cima.

Sus ojos se entrecerraron, el celeste de su mirada se volvió un halo perverso. La pequeña monja se estaba deshaciendo en sus manos, pero quería más, sin pensarlo, enfurecido con ese placer tan sumiso y femenino, la mordió, mordió su pezón con un poco más de fuerza, alargándolo, enviando un espasmo directo del pecho hasta el coño de la monjita que abrió los ojos y se arqueó para él, que

lo miró con dos lágrimas grandes que hicieron brillar sus ojos.

«¡Mierda, sí, quémate conmigo, pequeña zorrita!»

Lamió el pecho para calmar el ardor que provocó y siguió bajando por su cuerpo, dejando besos y succiones por su piel, pese a que supo que ella estaba impaciente por volver a sentir el dolor profano y acuciante que la espoleó.

Se removió, casi no podía respirar, su corazón cabalgaba en sus extremidades calientes, una fina capa de sudor la cubrió, el fuego en sus nervios estaba martirizando su cuerpo. Ni de cerca se comparaba con lo que sintió cuando se dejó caer contra el árbol. La boca del padre era demasiado demandante para su pobre alma, demasiado estimulante para afrontar el pecado. No, no era peor de lo que creyó, era mucho, pero mucho mejor.

Bajó, metió la lengua por su pequeño ombligo que la hizo suspirar, mordisqueó su vientre plano, alzó sus piernas con las manos y se las puso en la espalda.

La vio agarrarse al reposabrazos del sofá, aferrarse para no enloquecer con sus besos. Quiso sonreír, pero no lo hizo, no podía demostrarle cuán excitado estaba con su cuerpo, no se suponía que estuviesen tan cómodos con aquello, mucho menos él.

Descendió hasta quedar entre sus piernas, sus ojos cayeron sobre las braguitas de algodón, blancas, que se estaban transparentando gracias a la lubricación.

La olió, pasó la nariz por su sexo y su aroma entró por sus fosas nasales como droga tóxica que revitalizó su cuerpo, así como ese gemido ahogado que lo hizo vibrar.

La pequeña monja se estaba convirtiendo en una zorrita deliciosa. Su fragancia era dulce, celestial, la mejor que olió en la vida, y quería comérsela entera.

Volvió a pasar la nariz por su sexo, adentrándose en los pliegues, metiendo la ropa interior entre sus labios, frotándola con la tela, haciendo vibrar sus piernas.

Contuvo el aliento y lo dejó escapar en pequeñas nubes húmedas. Lo tenía entre las piernas, la estaba olfateando, un acto que no esperó, pero que la hizo bullir desde adentro, al punto de que sus paredes se abrieron y cerraron.

Sus párpados se entrecerraron, pese a que no pudo dejar de verlo.

Sacó la punta de la lengua, la endureció y probó su blasfemo elixir, una dulce mezcla que le sacó un bramido, que le hizo enfurecer ante la delicia de su efervescencia, y no se pudo contener más... La besó, la besó con furia, restregó su lengua contra su manojito de nervios cubiertos y succionó su fragancia con rudeza.

Tembló, palpitó y se desesperó entre gemidos estrangulados. Aquella boca masculina la estaba torturando de la manera más irreverente posible, comiéndose su sexo sin censura, haciéndola sentir bien de una manera que no podía describir con palabras, que la hacía jadear y arañar la tela del sillón, que la hacía mover las caderas en círculos procaces y desear más.

No, no era suficiente, necesitaba más, necesitaba más de la pequeña monja, de esa bruja que lo estaba manipulando con su dulzura, con su inexperiencia y su inocencia que, con sus movimientos instintivos, lo estaba sobrepasando como ninguna lo logró antes.

Quería más, ansiaba más.

Sus manos se fueron a su cadera, a su trasero y la levantó con un ligero movimiento en el que pareció que no hizo fuerza, pese a que sus músculos se definieron y los ojos del color de la avellana se perdieron en los tatuajes, en las figuras demoniacas que la cogieron, para después quitarle las bragas con violencia, al punto de que ni siquiera se las sacó por completo, solo lo justo para tenerla desnuda.

Entre las piernas suaves y tersas, admiró su sexo, la última parte de su cuerpo que no había visto.

Era rosada, con los labios juntos, y su agujerito sellado que le detuvo el corazón he hizo que su visión se nublara.

Era la virgen que jamás deseó, por norma, gracias a la brutalidad de sus ataques y a sus maduras conquistas, le gustaban las mujeres con experiencia, no obstante, al ver el sonrojo de su coño, la forma en la que brillaba su piel con esa capa transparente de lujuria, no pudo más que adentrarse a ese paraíso y domar a la pequeña monja que se disolvió en su boca.

Jadeó cuando le mordió en el monte de venus, cuando le encajó los dientes y un latigazo ardiente la atravesó. Sus manos magrearon sus nalgas que estaban todavía calientes a causa del previo castigo, provocándole más necesidad, una necesidad que salió de su tierno canal en estado líquido, ardiente, que no tardó en ser absorbido por el sacerdote.

Pasó la lengua por sus pliegues, la abrió con un lametazo en el que capturó su esencia, para después besar y succionar el clítoris, comiéndose el botoncito hinchadito que le hizo gruñir cuando ella gritó, un grito acuciante y sofocado que casi la deja sin voz de lo excitada que estaba.

Se removió con cada succión, con cada lamida, gimoteó cuando metió la lengua en su cavidad y se la apretó con sus candentes estremecimientos. Le empapó la mandíbula y la boca con su brillante calor que solo lo enloqueció más, que le hizo desear más.

Deslizó la mano por su amplia y turgente nalga que estuvo apretando y sobando todo el rato y se hizo espacio entre su boca para jugar con su agujero, quería prepararla, quería que estuviese dilatada para acogerlo.

Suspiró, se despeinó el cabello castaño, su corazón iba a mil por segundo, apenas escuchaba su respiración, su cuerpo estaba caldeado, como si la hubiesen metido en una hoguera, y quizás así era, porque estaba en el averno más sacrílego, al mismo tiempo de que tocaba las puertas del cielo y se deshacía en las manos hábiles del sacerdote.

No podía más, estaba por desfallecer cuando su dedo estimuló su canal, cuando se metió poco a poco en su interior. Se tensó, sí, sintió un ardor diferente, pese a que la estimulación en su pequeño botoncito lo acalló. La voz no le salió para detenerlo, pese a que sus muslos apretaron su cabeza, lo que hizo que la lamiera con más ganas y perdiera fuerza muscular.

«¿Qué me está haciendo?» —se preguntó perturbada, sin querer detenerlo, en especial cuando ese masculino dedo que sintió abriendo sus paredes encontró un punto sensible de su anatomía y gritó con ganas, arqueándose, con los pechos tirantes, los músculos en tensión y...

Todo estalló en su interior, la fuerza del tsunami la acogió y devastó su centro que se saturó de energía que mandó a sus nervios atrofiados, que convirtió a su cuerpo en un receptor de electricidad que impactaba en su centro una y otra vez, que la hizo cerrarse entorno al dedo, que le hizo apretar los muslos y apresar su cabeza contra su sexo y perder el aliento.

Tembló, vibró y se dejó llevar por el agua que devoró su interior, que salió caliente desde su centro y mojó su trasero y muslos, así como la cara del padre.

Laxa, cayó sobre el sofá, él la bajó despacio, aunque su dedo siguió dentro de ella, estirándola, y la lamió unos segundos más, haciéndola estremecerse ante cada lametazo con el que limpió su vulva.

Todo su cuerpo demandó hacerse con la pequeña monja. Nunca se imaginó presenciar un orgasmo apoteósico por parte de una «hermana». ¿Cómo era posible que se hubiese derretido de tal manera cuando no estuvo entre sus piernas por tantos minutos y ni siquiera logró meterle el segundo dedo?

Creyó que iba a tener que incitarla más, que estaría entre sus piernas por más minutos, en especial por el nerviosismo y temor que mostró la pequeña monja, pero no fue así, en su lugar, le regaló una de las visiones más fascinantes que alguna vez vio en la vida.

«Y eso que solo hemos comenzado» —Se dijo al relamerse los labios y gruñir al volver a probar aquel sabor lascivo que lo encandiló, que hizo que su miembro latiera con fuerza, que sus músculos se engrandecieran y su mente se ensombreciera ante el deseo.

La iba a tener, la haría suya una vez tras otra.

CAPÍTULO 8

Reptó por su cuerpo, dejando estelas de fuego con sus besos, volvió a lamer su pezoncito, lo succionó por un segundo, sobrecogido con cada espasmo que la sacudió, que le hizo disolverse bajo su cuerpo.

¿Cómo era posible que fuese tan candente, tan sensible, si jamás experimentó un simple roce? ¿Cómo podía delirar con tanto ardor por una mujer? ¿Cómo...?

Mil preguntas saturaron su mente. Quería follarla, claro que sí, como quiso con muchas mujeres, pero eso era distinto. Sí, quería meterse entre sus pliegues y hacerla gozar, corromper su pequeño y sinuoso cuerpo, sus curvas que estaban sonrojadas de tanto que la apretó y ultrajó, sin embargo, también quería hacerlo durante horas, días, meses, un tiempo indefinido. Una sensación intoxicante lo recubrió. Algo atizó sus venas y prendió su entraña en una gran fogata, su lado más salvaje, ese mismo que lo llevó al hospital tiempo atrás, no obstante, era diferente, algo cambió, aunque no supo calcular el qué.

Ascendió por sus curvas, por su cuello que lamió para sentir la vena punzante, mordisqueó su barbilla y perdió la cabeza con sus cortos gemidos.

Ansiaba adentrarse en su calor, domarla hasta que se corriera con él en su interior, y después... La marcaría, marcaría su tibieza, su cuerpo entero, la llenaría con su aroma, la haría rogar por más, sí, eso anhelaba.

La besó, un beso delicado, un beso que le hizo encoger la punta de los dedos e impulsarse sobre su cuerpo, apoyar el peso contra sus senos y restregarse con su susceptible piel.

Gruñó cuando ella le devolvió el beso con timidez, cuando las manos femeninas le acariciaron la nuca con delicadeza, cuando las uñas cortas rozaron su espina dorsal y un escalofrío lo invadió hasta que le palpitó la polla.

¿Cómo... lo hizo? ¿Cómo lo embrujó?, ¿qué hechizo ocupó para que su cuerpo solo deseara acoplarse al suyo, para que su mente se nublase y también quisiera darle un placer diferente, algo que no hablaba solo del degenerere intrínseco a su obscena mente?

No lo quiso pensar, la besó con más ahínco, devoró su boca, lamió sus mullidos labios, los apresó entre los suyos, para después explorar su calor y darle de probar su esencia dulce con la que le dejó apreciar su regusto más pecaminoso.

Se alejó cuando le costó respirar, la abrazó metiendo una mano bajo su espalda y se acercó a su oído.

—¿Puedes sentirlo? —Se relamió degustándola, extasiado—. Es el sabor de tu impudicia, hija mía, el sabor de tu pecado... —Hizo una pequeña pausa en la que lamió su oreja con la punta de la lengua, enviando un escalofrío por la columna vertebral de la monjita—. Y, supongo que aquí deberíamos parar, ¿verdad? —indagó con ese tono grave y sugestivo que le hizo apretarlo para rozar sus pechos con sus pectorales.

Sonrió al sentir su desesperación.

Lo quería, quería que se hundiera en ella.

—Yo-yo... —trató de decir Amanda, de encontrar algo en su cabeza que hiciera que continuara.

—Hemos acabado, hija mía, te he demostrado que la realidad es mucho más aburrida de lo que tu imaginación te hizo creer. Has probado el pecado y ahora estarás bien...

El corazón le latió más rápido, sintió la angustia apresando su pecho, las mariposas que rogaban para volverse a prender en llamas. Su interior demandó sentir algo que nunca creyó desear, pero ahí estaba esa insalubre zozobra.

Lo tenía encima, ambos desnudos, piel con piel, con sus piernas abiertas, sus sexos a pocos centímetros. Podía distinguir su duro miembro, grande y palpitante en su vientre bajo, sus muslos al lado de sus caderas vigorosas, sus pechos apresados por su peso.

Lo sentía, estaba sobre ella...

Tragó saliva y cerró los ojos al inhalar profundo y sentir las mezclas de aromas. El suyo resaltaba, en especial porque lo tenía en el paladar, porque se saboreó en su boca, algo que, lejos de asquearla como cualquiera creería, la hizo jadear y desear más de su boca, desear que se unieran.

—Yo... no creo que...

—¿Qué pasa? Ya cumplí tu fantasía: fuiste mis manos y yo las tuyas. Me probaste y me embebí de tu cuerpo —advirtió el padre con tono conciliador, pese a que su voz ronca tuvo el efecto contrario.

Sus pezones se irguieron al escucharlo, duros como dos pequeñas rocas, su corazón se constriñó, así como su núcleo que codició sentir su dureza en lo más profundo de su ser.

Sí, tenía razón, pero la inquietud la sobrecogió con más fuerza.

Desesperada, lo abrazó, apresando su espalda con las manos y sus piernas acariciaron sus muslos potentes, sus dedos viajaron por su anatomía, y se sofocó. Le costó respirar al imaginar que se alejaba, le faltó el aire y su mente viajó en medio de la incertidumbre, en medio de mil ideas que revolotearon como aves que danzaron en su mente.

—No, yo, no... No creo que...

Sus ojos se entornaron y la abrazó con la misma fuerza que aplicó la pequeña monja y se restregó contra su cálido y suave vientre. Retuvo el gruñido con el que la quería reclamar como una bestia deseosa de su sangre, deseosa de su virtud, de su aroma, de su sabor, de su calor, de su pequeña cavidad acuosa que sería solo suya.

—¿Quieres algo más, hija mía? —preguntó con perversión, ideando la manera de hacerla claudicar, de doblegar su espíritu y envolverla en su puño para explorar cada parte de su ser.

Lamió su oreja y siguió frotándose contra ella, codiciando sus pequeños gemidos que salieron y entraron directo a su oído. Era el suave canto de un pajarillo, un pajarillo que lo elevó. El corazón le martilló dentro del pecho, el pene se le engrosó hasta que fue doloroso no estar en su interior, pero no podía adentrarse en su coño sin que se lo pidiese.

—Yo... creo que... quiero... —jadeó y sus caderas se movieron, estaba perdiendo la batalla, su mente estaba nublada por las sensaciones, las que sentía y las que quería conocer.

Se alejó de su oreja y se alzó lo justo para mirarla, para perderse en los ojos del color de la avellana que brillaron y le rogaron por más, que tenía las pupilas dilatadas y estaban embriagados por la excitación, por él...

—Dímelo, hija mía, dime lo que quieres... —exigió con una oscuridad que electrizó el cuerpo de Amanda, que le hizo apreciar una vez más al hombre del lago con tatuajes de demonios en su brazo y espalda, con las flores derretidas en su piel a las que envidió porque ella también quería nutrirse con su calor, pegarse a sus músculos y dejarse llevar por la pasión.

Aspiró hondo y se removió. Cerró los ojos por un segundo. Su mente era un caos, un hervidero de mil pensamientos, de mil ideas. Sabía, en su fuero más profundo que, sí reconocía que quería su

sexo dentro, colmándola, acabaría el castigo para caer en el mismo infierno en el que se quería quemar una tras otra vez. Si se lo pedía, no solo estaría socavando sus votos ante la iglesia, sino que estaría firmando un trato con el mismo diablo, estaría enviando su cuerpo al noveno círculo del averno, estaría sucumbiendo al pecado más grande que nunca pensó cometer.

Se creyó indemne a los encantos de la carne, sin embargo, conocerlo, verlo en el lago, aspirar por la oscuridad que emanaba desde su alma, le hizo ver que solo era otra mujer más que deseaba con todas sus fuerzas pertenecerle a un hombre, al que la escuchó confesar su transgresión y liberó su cuerpo a base de azotes acuciantes que la hicieron sentir dolor y placer al mismo tiempo, que le hizo probar la dureza de un hombre con la boca, para luego avasallar sus nervios con estímulos que se convirtieron en sortilegios que abrumaron su alma hasta que explotó en mil estrellas.

Si le decía lo que quería, acabaría por romper el último enlace que tenía con la santidad que proclamaba, que debía tener, pese a ello, cuando sus ojos se conectaron, cuando entrevió el fuego celeste en su mirada y contempló el pecado en sus ojos, cuando se dio cuenta que no era la única que estaba cayendo en la transgresión de la carne, no pudo más que decirlo...

—Quiero tenerlo dentro, padre, quiero que me vuelva mujer —pidió en un susurro ahogado, sin saber cómo exponer sus sentimientos, las sensaciones que engulleron su alma, su pureza.

Su rostro enrojeció por la vergüenza, pero también por la excitación. Sí, quería pertenecerle.

—Pero, hija mía, si hago eso, tus votos ya no estarán con nuestro Señor, sino conmigo y tendrás que pertenecerme, obedecerme y satisfacerme, y no sé si puedas hacerlo... —señaló con indulgencia, pese a que no pudo ocultar la verdad en sus ojos que se oscurecieron, en la forma en la que la miró, deseando que aceptara para doblegarla a su impudicia hasta cuando se le placiera, quizá por unos días, quizá por unos meses o quizá por siempre...

Alzó las manos y le acarició con dulzura su masculina mandíbula, regalándole una sonrisa inocente y sincera.

—Está bien —aseguró y su mente se despejó por completo, la catástrofe que eran sus pensamientos se detuvo como si la tormenta amainara y lo único que vio fueron sus ojos celestes.

Un escalofrío lo atravesó cuando lo tocó, su piel se erizó y su miembro se sacudió. ¿Cómo era posible que lo estuviese viendo así, tocándolo con tanta sutileza cuando él estaba proponiendo quitarle la virginidad a base de chantajes y manipulaciones?

La escudriñó, escudriñó sus ojos brillantes y cayó rendido ante su alma pura, esa pureza difícil de describir, una pureza que no tenía nada que ver con lo que se podía esperar de una virgen, sino de un alma limpia y sin mancha, muy diferente de la suya.

Sin poder pensar, bajó a sus labios y la besó, esa vez, un beso diferente en el que reconoció cada parte de sus labios rojizos, cada destello de sabor, desde la menta hasta el de sus sexos que martirizó sus sentidos y le hizo moverse, maniatar su cuerpo para acoplarse y meterse con más decisión entre sus piernas.

Sintió la tierna sonrisa de la pequeña monja que reanimó su cuerpo y lo prendió, que le hizo apurar el beso y descontrolarse, dejar de presionar el freno y acelerar directo a su perdición.

La besó con desesperación, una desesperación que fluctuó entre lo carnal y lo espiritual, quería absorberla de mil maneras distintas.

Se colocó entre sus piernas y lubricó su mástil entre sus pliegues, empapándose, suspirando con cada fricción y embebiéndose con sus gemidos cortos y fulgurantes que lo enloquecieron hasta que desconoció al hombre de apetito voraz que estaba mancillando a la mujer bajo su cuerpo, que la tocaba con furia y avidez, que apretaba sus curvas, que se friccionaba con fruición contra su coñito caldeado.

Movió las caderas para compasar los movimientos, para sentir su grandeza creando mil cosquillas en su carne, en su interior que seguía intacto.

Lo acarició con las palmas, con los dedos, recorrió sus facciones, la calidez de su piel, sus músculos fuertes, la tensión de su espalda cuando bajó una mano y lo tocó. Estaba más grande que cuando lo acogió en su boca. Tembló ante la idea de su virtud siendo destrozada, sin embargo, no se detuvo y lo colocó frente a su agujerito que se abrió lo justo para posicionar la punta de su virilidad.

Cerró los párpados y jadeó, exponiendo su cuello femenino.

Se separó atribulado, confundido, con el corazón latiéndole en la garganta, queriendo sobrepasar la barrera que los separaba, pero temiendo hacerle daño, aunque una parte muy profunda en su interior lo alentó para que lo hiciera.

Le apartó el cabello que cubría su frente perlada en una fina capa de sudor.

Abrió los ojos y lo miró. No necesitaron palabras, solo un corto asentimiento en el que Amanda movió la cabeza en una afirmación acallada. Inhaló por la boca cuando empujó despacio y la abrió. Los ojos celestes enlazados con los avellana, sin desconectarse del otro, sin dejar de admirar todas las emociones que cruzaron por sus pupilas.

El ardor llegó, pero no le importó, no cuando la mano masculina alcanzó el clítoris y la hizo prenderse en mil hogueras, cuando la estimuló y se adentró más, cuando sus ojos se quedaron con ella y sintió esa conexión que no pudo concebir jamás con otra persona.

Estaba caliente, demasiado caliente, suave, apretada y, sobre todo, mojada. Nunca sintió tanto al traspasar el coño de una mujer ni creyó contenerse para ir centímetro a centímetro recorriendo su canal. Apretó los dientes, siseó a causa de la presión. La tocó para que se relajara, para que lo dejara entrar con más facilidad, pero solo logró que lo masajeara, que sus párpados se entornaran y su rostro se desmadejara en una mueca erótica que lo impulsó hasta el final, arrancándole un gemido que se pareció a un grito de dolor.

Se detuvo y, cuando abrió los párpados, lo miró, volviendo a asentir, sacó la mano de entre sus cuerpos y la acarició desde abajo, repasando sus curvas, aguardando para que se adaptara a su tamaño, para que dejase de palpar a su alrededor, que dejara de exprimirle las ideas y así pudiese moverse.

La tocó, apretó su vientre, su cintura, subió y pellizcó su pezón, apresó su seno, la vio sacudirse, abrir la boca en un gemido sin sonido, sonrojarse por completo.

Inspiró profundo, sus músculos se tensaron. Quería... quería moverse, destrozarla, quería aspirar su lujuria, corromper su alma, quería jugar con su cuerpo, hacer que ascendiera al cielo y se encontraran en el infierno.

Estaba dentro de ella, temblando en la misma frecuencia que su palpitante interior. Tragó saliva y volvió a deslizarse en su interior, ansiando volver a ver su expresión, esa que creó un cortocircuito en su mente y expuso su alma a un torbellino de sensaciones que jamás experimentó.

Sus ojos se quedaron prendados en la dureza de su semblante, en la vibración de su cuerpo y la tensión de su mandíbula. Esa expresión... esa expresión... Lo supo, algo saltó en su interior al comprenderlo, al saber que aquellos movimientos sutiles con los que la estaba tocando y mimando no eran suficientes para él. Necesitaba más...

—Hágalo, padre, necesito que sea usted. Lo dijo, ¿verdad? Ahora le pertenezco y puede hacerlo, puede hacer lo que tanto tortura su alma, puede hacerlo —suplicó entre jadeos, sabiendo que ambos necesitaban volver a tener al hombre del lago, que necesitaba dejar salir su energía y mostrar su verdadero ser.

Lo observó, podía entrever su alma turbia, esa que se negó a mostrar desde el principio, pese a

que le dejó mil rastros que al fin pudo identificar cuando perforó su sexo y se hizo con su cuerpo. Lo quería violento como era, como fue al principio, quería que fuese él, nadie más, que se dejase llevar por su lascivia, que el pecado los dominara, no quería otra cosa, no quería al hombre que temió romperla, porque no iba a ocurrir, no lo permitiría.

Sus ojos se quedaron fijos en la expresión tensa del sacerdote, en su cuerpo que respiró con terror ante lo que descubrió, en la forma en la que, se estremeció cuando repasó sus brazos y recorrió los tatuajes haciendo formas. Acarició su cuerpo con la punta de los dedos, pasó las manos a su espalda y le arañó con cuidado, demostrándole su devoción y entrega, ese ardor que quemó sus entrañas, que transformó el dolor en necesidad, que la hizo suspirar con cada palpitación, con cada espasmo muscular que lo acogió.

—Está bien, los tatuajes no son lo único que habla —indicó con una sonrisa, para luego agitar las caderas y suspirar cuando volvió a tenerlo en lo profundo.

Parpadeó al comprenderlo.

Bufó abandonando la máscara autoimpuesta, su expresión cambió, su halo oscuro se reveló, sus ojos se incendiaron al ver a la pequeña monjita que lo descubrió, que le quitó el disfraz.

—Espero que cumplas tu promesa, hija mía —siseó con la voz ronca, admirándola con arrebato, con un hambre que ensombreció su mente y alma.

No esperó a que se terminara de acoplar, no más. No dejaría que esa pequeña zorrita se burlara de él. Ella era suya y se lo demostraría.

Salió de su cálido interior hasta solo dejar la punta, la miró con recelo, con furia y volvió a entrar en una sola estocada que le sacó el aliento, que la hizo bailar y rodearlo, inquieta, arqueada para él.

Gruñó y volvió a salir para después arremeter contra su coño una y otra vez, follándola al fin, cumpliendo con lo que tanto quería, disfrutando de su calor, de su lubricación que lo hacía adentrarse hasta lo más recóndito de su canal y tocar todos los puntos correctos para enloquecer.

Estaba tan estrecha que le costaba moverse, sin embargo, pese al dolor que sabía que experimentaba con cada intrusión, no lo detuvo, al contrario, sus uñas lo arañaron, sus manos lo buscaron para que lo hiciera más rápido, para que perdiera la razón, para que incendiara sus sexos que no tardaron en necesitar de la exquisita fricción, de los suspiros que salían de sus bocas, de sus corazones que latieron con prisa, de la presión arterial que se disparó, del calor que inundó sus venas y envió energía a cada uno de sus nervios, que los enardecía con el placer del otro, con los gemidos y gruñidos, con los movimientos de caderas, con los ardientes estremecimientos, con la expresión pecaminosa de sus rostros, con sus bocas buscándose a cada momento, así como sus manos que deseaban apresar el fuego del otro.

El hormigueo en su centro la hizo dejar de sentir el dolor, más bien lo transformó en ansia, en desesperación, el fuego se propagó desde su núcleo y anudó sus extremidades. Gimió, jadeó, se aferró a su espalda, se derritió en sus brazos, palpó a su alrededor, lo sintió con cada parte de su cuerpo, hasta que su vagina lo succionó con fuerza, con apuro.

Tembló, hirvió, gimoteó, estremeciéndose con cada impacto en el que no solo se frotó en su interior, sino que también tocó el nudo de nervios hinchadito y sensible que la enloqueció. Sus dedos se encogieron, sus músculos se dilataron, desde el vientre, lo abrazó para llevarlo a lo más oculto de su ser, para que abrazase ese punto de su anatomía que la trastornó, que la hizo gimotear.

Él estaba en su interior, duro, pujando con gruñidos de lo más demandantes, deslizándose con furia en su interior, masculino, grande, fuerte y... Su mente se nubló, la electricidad sobrepasó la cantidad que podían manejar sus nervios, el calentamiento pudo con sus circuitos, con sus finos circuitos que llenaron de energía cada parte de su ser hasta convertirla en una supernova que estalló

con fuerza, en espasmos candentes que lo masajearon con furor, que lo apresaron con sus paredes, que le hicieron gruñir entre el dolor y el placer gracias a la estrechez de su cavidad que lo comprimió.

No pudo más, la abrazó y buscó sus labios, sus músculos se hincharon, sus labios la devoraron, sus caderas se movieron con esfuerzo y la siguió sometiendo hasta que las alarmas de la represa se crisparon, hasta que su columna se templó, sus testículos se tensaron, cada parte de su ser se enarboló con el maremoto que se instaló en su vientre y tras morderle el labio e impregnarse con sus gemidos, con su clímax, se corrió con potentes contracciones que la llenaron, que colmaron su vientre y los hicieron gritar.

Recibió su calor con candor, con alivio, rozó el cielo con la punta de los dedos y cayó en su cuerpo que vibró y lo abrazó con dulzura, que le hizo buscar, por primera vez, los labios masculinos para regalarle una muestra del sentimiento que estalló en su interior y la hizo apretarlo para que se quedase dentro de ella.

Se derramó en copiosos chorros. Y aunque le enojó no durar más, la acogió con ese beso dulce y celestial con el que los labios con sabor a menta lo atraparon.

Siguió arremetiendo contra su interior hasta que los espasmos cesaron, hasta que sus cuerpos quedaron casi sin energía, pese a que su erección no terminó de descender, en su lugar, con cuidado, la hizo girar sobre su cuerpo para poderla acostar sobre su pecho.

Respiraron para llenar sus pulmones, para sosegar la agitación de sus corazones, para calmar sus almas que se conectaron con aquel impúdico acto que no debió suceder, al final, él era un sacerdote y ella una monja, ambos estaban entregados a la espiritualidad, a la abstención.

Inhaló hondo, desconcertado, le acarició la cabeza sin siquiera ver lo que estaba haciendo, confundido no solo por lo que sintió, sino también por la forma en la que se corrió al mismo tiempo que ella, algo que no le gustaba hacer, mucho menos dentro de la mujer.

Entonces lo entendió, se le frunció el gesto al cavilar todo lo que hizo, en lo mucho que deseó marcarla. En las ganas que tenía de impregnar su esencia en su cavidad y reclamarla para sí.

Sonrió con malicia.

Ahora sí, la tenía, era suya.

—Creo que será necesarias más sesiones para limpiar tus pecados, hija mía, para sacar al demonio que llevas dentro, que te está torturando con esos pensamientos pecaminosos —indicó volviendo a su papel, poniéndose de nuevo la máscara que ella le quitó, además les dio la excusa perfecta para volver a retozar en las manos del otro.

Inspiró profundo, apenas era consciente de lo que acababa de pasar, de la forma en la que la maniató para ponerla sobre su pecho, del hecho de que seguían desnudos y conectados, del espeso líquido que escurría entre sus piernas.

Alzó la cabeza y se quedó prendada de sus ojos celestes que refulgieron con nuevo cariz.

Gimió y asintió, respondiendo a esa pregunta con doble sentido.

—Haré lo que me pida, padre —reconoció en un susurro femenino que elevó sus sentidos y le hizo gruñir.

La cogió de la mandíbula para alzarla y verla bien, para recrearse con el brillo incandescente de sus ojos que aceptaron con sumisión su propuesta indecente y puso todo en perspectiva.

Sí, la tenía, por completo, la pequeña monja se entregó al irreverente sacerdote para que cumpliera con ella todas sus fantasías.

La asió de las nalgas y la impulsó hacia arriba para besarla con necesidad, como un animal sediento que devoró sus labios y mancilló su trasero que ardió gracias a los azotes con los que todo comenzó.

Le apresó el labio inferior con los suyos y luego la lamió como un lobo a su presa.

—Voy a hacer que sientas cada pecado que cometas, voy a hacer que tengas que confesarte a cada momento, que siempre estés calientita para mí. Voy a follar cada uno de tus orificios y te entregarás a mí con devoción, reconociéndome como tu nuevo señor —susurró contra sus labios, enardecido con su fragancia femenina, con su cuerpo suave, con sus pechos turgentes, aplastados contra sus pectorales, añorando de nuevo el calor de su centro, su estreches que lo hizo delirar del gusto y lo capturó para el resto de sus días.

Pestañeó con deleite y lo observó, observó al hombre del lago, a los tatuajes que se escondían tras la sotana y no pudo más que asentir a su conjuro, a ese hechizo que supo que cumpliría al pie de la letra, porque no podía desear una cosa diferente más que complacerlo una vez tras otra, hasta que los descubrieran, hasta que no pudieran separarse incluso si los obligaban, no le importaba ya las consecuencias, ni siquiera pasaron por su mente, lo único que quería eran esos ojos celestes en los suyos y esa conexión carnal que nunca debió surgir, pero que ahora ya no podía nada ni nadie cambiar.

Sonrió, una sonrisa oscura, sus manos aprisionaron su culo grande, la abrió entre magreos y volvió a perforar su coño que empapado lo recibió como el hogar que siempre necesitó tener, porque esa pequeña y tierna criatura le pertenecía de todas las formas posibles, y haría de ella su mejor obra de arte, una obra que pintaría una tras otra vez con los colores de la lujuria, porque jamás se iba a aburrir de ella, lo entendió cuando se corrió y esa sensación colmó su alma como nada pudo hacerlo y como siempre necesitó.

F I N

ÍNDICE

[SINOPSIS](#)

[CAPÍTULO 1](#)

[CAPÍTULO 2](#)

[CAPÍTULO 3](#)

[CAPÍTULO 4](#)

[CAPÍTULO 5](#)

[CAPÍTULO 6](#)

[CAPÍTULO 7](#)

[CAPÍTULO 8](#)

[SOBRE EL AUTOR](#)

[OTROS RELATOS](#)

Si te ha gustado este breve y sugestivo relato, puedes apoyar mi trabajo dejando un comentario, sea corto o largo, a través de Goodreads, Amazon o redes sociales en las que me puedes etiquetar.

SOBRE EL AUTOR

Soy un ciudadano del mundo, enamorado de la silueta femenina y adorador de sus hermosas y cándidas almas que me dejan sin aliento, de ahí que me encante escribir relatos eróticos en donde ellas son las protagonistas de mi prosa.

Para más información, me puedes seguir en mis redes sociales como:

En Instagram como:

@nicolas_hyde03

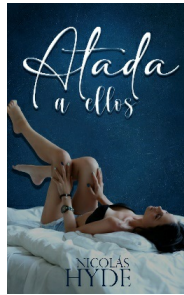
O a través de mi correo como:

03hyde@gmail.com

OTROS RELATOS

1.

ATADA A ELLOS

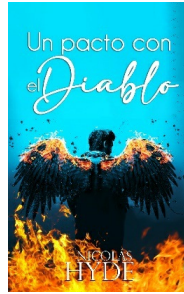


Desde que lo vi la primera vez... Me gustó, me pareció el hombre más atractivo y varonil del mundo. Pero era un hombre prohibido, un hombre en el que nunca debí fijarme. Sentir su mirada imponente, su aroma masculino, su esencia dominante..., pudo conmigo y me dejé llevar por su propuesta indecente, una propuesta emocionante e inquietante.

«Un relato corto que te hará estrujar la sábana de tu cama y suspirar de excitación».

2.

UN PACTO CON EL DIABLO



Elisa estaba harta de su vida, de que las personas la pisotearan, de hacer todo por los demás, sin recibir nada a cambio. No quería caer en los embrujos y promesas de otros. No quería ceder ante nadie, ya no más.

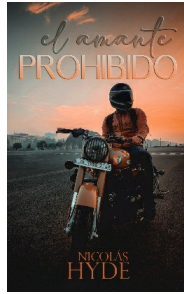
¡Ya no podía con su vida mediocre!, y estaba dispuesta a hacer lo necesario para obtener lo que quería, incluso venderle su alma al mismo demonio, o para el caso, su cuerpo.

Y tú, ¿dejarías entrar al diablo en tus bragas?

«Un relato ardiente que te quemará en las brasas del infierno».

3.

EL AMANTE PROHIBIDO



Paula siempre fue una mujer con mucha suerte, a la que la vida le sonrió. Con un buen trabajo, un físico envidiable, sensualidad y mucho más...

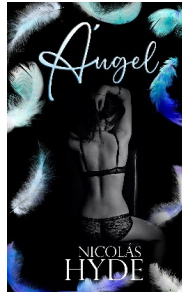
No obstante, su vida da un vuelco cuando se enamora y su matrimonio no corre con la misma dicha... Con un esposo que la deja abandonada a la mínima oportunidad, y un hijastro joven, rebelde, y guapo...

La vida para Paula nunca fue tan difícil, en especial porque tiene que soportar las miradas lascivas de cierto joven que hace que su cuerpo tiemble.

Un relato donde la seducción incita a lo prohibido.

4.

ÁNGEL



Desde que la vi por primera vez, me pareció una mujer despampanante, guapísima, como ninguna otra, sin embargo, pese a su sonrisa discreta y displicente, no podía engañarme, aquella mujer de cabello dorado, ojos como las esmeraldas y cuerpo de infarto, no me correspondía de ninguna manera, ¿o sí lo hacía... y solo tenía que saber cómo subyugarla?

Después de todo, Ángel no era una mujer cualquiera, no, ella era una bailarina exótica de lo más sensual, y la vecina más «buena» que tenía.

«Un relato erótico que te someterá a sus deseos...»

5. LA CURIOSIDAD NO MATÓ AL GATO, SOLO LO HIZO
RONRONEAR

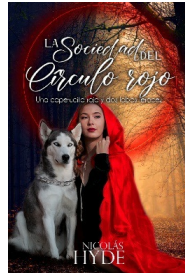


El viejo dicho dice que «la curiosidad mató al gato»..., en mi caso, la curiosidad me llevó a un mundo nuevo de aventuras, un mundo lleno de erotismo, sensualidad y muchos jadeos.

Todo comenzó con una carta, y terminó con un orgasmo.

6.

LA SOCIEDAD DEL CÍRCULO ROJO



Múltiples sueños me llevaron hasta ese momento, el instante en donde cumplí mi mayor fantasía:

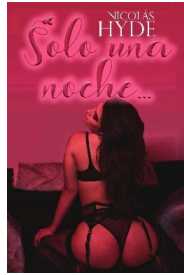
Ser la presa...

Vestida con una elegante capa roja y larga me preparé para comenzar el juego en el que dos apuestos y fuertes «lobos» me cazarían y cumplirían con mi más fervoroso deseo.

Un retelling excitante entre caperucita roja y dos lobos feroces.

7.

SOLO UNA NOCHE.



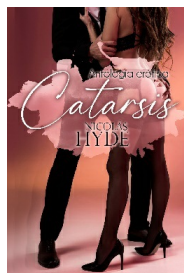
Después de una complicada ruptura, Adriana decide pasar página y dar rienda suelta a sus deseos, olvidándose así de todo aquello que atormenta su mente.

Dispuesta a bailar al son de los acordes de la música que suena en la discoteca, se encuentra con las hábiles manos de un hombre que estará dispuesto a borrar todos esos pensamientos que la atribulan.

Un relato lleno de pasión desenfrenada.

8.

CATARSIS ANTOLOGÍA ERÓTICA



Antología erótica con muchos relatos sensuales, llenos de pasión, seducción, recubiertos por el romance oscuro. La cual recoge los anteriores relatos, además de «Sé mía» un relato corto e intenso que te hará suspirar con sus escenas cargadas de erotismo.

9.

LA TENTACIÓN DE MI HERMANO



Cuando sus padres murieron no le quedó más remedio que aceptar la propuesta de su hermano e irse a vivir al extranjero, a su lado.

Cecil dejó todo atrás: sus estudios, sus amigos, su novio, y emprendió una nueva aventura, o al menos eso creyó, hasta que se dio cuenta de que la vida con su hermano no sería lo que pensó. No, no iba a aceptar sus reglas, no iba a dejar que le dijese cómo vestirse o que la insultara. Era una chica con el corazón rebelde y la piel caliente, una chica que pensaba apagar su calor a como diese lugar, incluso si caía en lo moralmente reprochable.

Un romance erótico oscuro y prohibido no apto para todo público.

10.

EL IDILIO DE MI TÍO



La vida de Susan da un vuelco cuando su padre muere y su madre se ve *obligada* a aceptar una oferta de trabajo en el extranjero, dejando a su hija al cuidado de Xavier, el hermano de su fallecido marido, a quien Susan no conoce.

Lo que no sabe es que Xavier no es un hombre cualquiera, no, él solo quiere jugar con su nueva *muñequita* y cobrar venganza.

«Un relato oscuro subido de tono, no apto para todo público».



Era incorrecto, estaba mal, no debía suceder y, sin embargo, pese a saberlo, la deseaba, la anhelaba como jamás lo hizo con otra mujer.

Cuando Celeste le preguntó si podía llegar a quedarse con él, Dominic no lo pensó dos veces. Tenía muchos años sin ver a su hijastra, pese a que siempre se mantuvieron en contacto, recordaba con gran cariño a la niña de trece años que dejó atrás cuando se divorció de su madre, no obstante, en ningún momento esperó encontrarse con la mujer sensual y extrovertida en la que se convirtió aquella chiquilla a la que tanto cariño le tenía.

¿Podrá Dominic resistir la tentación de probar la fruta prohibida que es Celeste, su hijastra?

Un relato de romance erótico donde sus principios serán cuestionados, y su amor transformado.

12.

EL JUEGO DE MI MARIDO



La primera vez que se lo propuso, creyó que estaba jugando, que no era más que palabras destinadas a insuflar su deseo, a caldear sus encuentros íntimos, no obstante, no fue así, y cuando menos lo esperó, el juego se hizo realidad, llevando a Lisa a un mundo nuevo, donde la mente retorcida de su marido sería la que dirigiría su andar.

Un relato lleno de tabú, de erotismo oscuro, en el que Lisa será la protagonista de un juego retorcido que caldeará su cuerpo y perturbará su alma.

¿Podrá Lisa resistir al erótico juego que le propone su marido?

13.

EL SECRETO OSCURO DE MI PAPI



Amor y odio, dos palabras que, por mucho tiempo, fueron sinónimos para Dulce.

Lo amaba y lo odiaba.

Por eso se alejó....

Sin embargo, cuando creyó que había superado su agonía, volvió, solo para que esas palabras cobrasen su significado original y se desenredaran, volcando su vida, convirtiendo su día a día en un torbellino de sensaciones que cada vez fueron nublando más su raciocinio, hasta que sucumbió ante él, el único hombre que amó y odió con toda su alma, el hombre que ayudó con su crianza, un

hombre prohibido: su padrastro.

Un relato picante y excitante, donde el tabú es el ingrediente principal.

14.

LA INDIFERENCIA DE MI HERMANASTRO



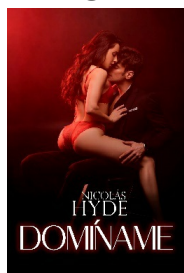
Desde el primer segundo en el que sus ojos se posaron en su estoico rostro, se sintió profundamente atraída por él, por su masculinidad, por su cuerpo fuerte, por sus formas altivas y viriles que enloquecieron su corazón, que estremecieron su cuerpo, sin embargo, él nunca la vio como mujer.

Para Ian, Aurora, solo era una niñata. Le molestaba verla, tenerla cerca, y mucho más advertir aquella mirada inocente del color del hielo que lo atravesaba e incordiaba, hasta que un viaje cambia todo, un viaje que le hizo apreciar el dulce y curvilíneo cuerpo de su hermanastra de otra manera y cayó rendido a los encantos de la sirena que nunca deseó.

Un relato ardiente, donde la proximidad forzosa los calentará hasta el punto de no retorno.

15.

DOMÍNAME



Ariana siempre fue una mujer fuerte e inteligente, una mujer que le gustaba defender sus principios y sus derechos, hasta que lo conoció a él y todo su mundo cambió, deseando que aquel hombre la dominase y cumpliera sus fantasías más perversas, esas fantasías que ni siquiera se atrevía a confesarse en su fuero interno.

Un relato picante donde el juego de rol traspasa a la realidad.

16.

DULCE PLARCE



Se dijo que solo iba a divertirse, a tomar unos tragos y bailar hasta quedar agotada. Emy no tenía otros planes más que relajarse, hasta que la vio, hasta que vio a la mujer más impresionante que alguna vez sus ojos pudieron admirar y su corazón se desembocó.

No quería que su pulso se alterara, sin embargo, el magnetismo que esa elegante mujer ejerció sobre su cuerpo pudo con su psique.

Lo que Emy no sabía es que aquella impresionante mujer escondía un secreto que la haría estallar en una apasionante vorágine de sensaciones.

17.

SÉ MÍA



Desde la primera vez que lo vi, supe que era un hombre imponente, un hombre peligroso, capaz de doblegar a cualquiera, capaz de hacer que el alma y cuerpo de cualquier mujer tambaleara, y eso me incluía.

Pero ¿qué tanto me quería él?, ¿hasta dónde podía llegar nuestra relación?, después de todo, él era un hombre prohibido.

Un relato corto e intenso que te hará suspirar con sus escenas cargadas de erotismo.